

HISTORIA DE LA MASTOZOLOGÍA ARGENTINA

HISTORY OF MAMMALOGY IN ARGENTINA

Rubén M. Barquez^{1,2} y M. Mónica Díaz^{1,2,3}

¹ Programa de Conservación de los Murciélagos de Argentina (PCMA).

² Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Programa de Investigaciones de Biodiversidad Argentina (PIDBA), Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Tucumán, Miguel Lillo 255, 4000, Tucumán, Argentina.

³ Fundación Miguel Lillo, Tucumán, Argentina.

[rubenbarquez@arnet.com.ar, mmdiaz@lillo.org.ar, mmonicadiaz@yahoo.com.ar]

RESUMEN

Se describe la historia de la mastozoología en Argentina, desde la llegada de los primeros naturalistas junto con los colonizadores de América, en el siglo XVI, hasta la actualidad. Se analiza la influencia de los científicos extranjeros y la aparición de personajes destacados en la mastozoología local, como también la formación de grupos de trabajo y el impacto de acciones políticas sobre el desarrollo de esta ciencia en las diferentes épocas. Se hace hincapié en la importancia que han adquirido los distintos museos que albergan ejemplares de mamíferos, desde su fundación hasta el presente. Se destaca el nacimiento de la SAREM (Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos) como una organización núcleo de mastozoólogos en el país y su influencia en el surgimiento de otras sociedades latinoamericanas y de la RELAM (Red Latinoamericana de Mastozoología).

Palabras clave: colecciones, mamíferos, pasado, presente, sociedades científicas.

ABSTRACT

Here we describe the history of mammalogy in Argentina, from the time of arrival of the early naturalists, travelling together with the colonizers of America in the 16th century to present. Also we analyzed and described the influence of foreign scientists and the appearance of outstanding personalities of local mammalogy, as well as the emergence of research groups, and the impact of political actions on the development of this science in different times. We underline the importance of museums holding collections of mammals, and the way they have been growing over time, from its foundation to the present. Finally, we describe the birth of the SAREM (Argentine Society for the Study of Mammals) as a nucleating organization of researchers in mammals throughout the country, and its influence on the emergence of other Latin American societies, as well as the RELAM (Latin American Network of Mammalogy).

Keywords: mammals, past, present, scientific collections, scientific societies.

Historia de la mastozoología en Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe (Jorge Ortega, José Luis Martínez y Diego G. Tirira, eds.).

Editorial Murciélago Blanco y Asociación Ecuatoriana de Mastozoología. Quito y México DF (2014:15–50).

INTRODUCCIÓN

Las últimas tres décadas han sido determinantes en la Argentina para el crecimiento de la mastozoología, principalmente como consecuencia del establecimiento y consolidación de investigadores locales quienes, de la mano de sus maestros de diversos orígenes, han tenido la visión y voluntad de permanecer en el país a pesar de las dificultades y trabajar para consolidar sociedades, colecciones y grupos de trabajo. La tarea no ha sido fácil, especialmente porque Argentina ha vivido constantes y prolongados periodos dictatoriales que han impuesto dificultades en las libertades de expresión, así como persecuciones ideológicas, raciales y culturales, unida a una escasa preocupación por el desarrollo de cuestiones científicas, situación que afortunadamente ha sido revertida en los últimos años. La historia del desarrollo, o “de cómo hemos llegado a tener una mastozoología local”, parece ser similar en la mayoría de países latinoamericanos, ligada a la llegada al continente de los conquistadores españoles, quienes vinieron acompañados de olas ávidas de conocimiento provenientes de varios países del Viejo Mundo.

De este modo, tanto en Argentina como en el resto de los países latinoamericanos, la mastozoología tuvo, desde sus orígenes, una marcada influencia de naturalistas extranjeros, primero procedentes de Europa y, más tarde y hasta recientemente, de los Estados Unidos de América. Los resultados secundarios de todas estas acciones históricamente ejecutadas en búsqueda de conocimiento, por investigadores y naturalistas extranjeros, condujeron al punto actual, con grupos locales que se han consolidado y lideran las investigaciones mastozoológicas nacionales (Barquez *et al.*, 2006), esfuerzo que ha estimulado la unión entre países para conformar una mastozoología regional latinoamericana, plena de afinidades culturales e ideológicas, y medios materiales y económicos, que han puesto a todos los grupos de trabajo en similitud de situaciones y preocupados no solo por conocer las especies de la región, sino también por realizar acciones que permitan manejar el recurso y proteger a las especies.

SIGLO XVI

El pasado remoto: conquistadores y jesuitas

Un análisis de las documentaciones disponibles sugiere que el primer naturalista durante el periodo de la conquista de América habría sido Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478–1557), militar, escritor, cronista y colonizador español quien en 1526 publicó el *Sumario de la natural historia de las Indias*, una obra de 86 capítulos, también conocido como *Sumario de historia natural*, una biografía sobre los animales y las plantas de Sudamérica. En la obra, los árboles, las plantas y las hierbas son estudiados separadamente, pero sin un orden dentro de la escala vegetal; mientras que los animales son tratados como aves, mamíferos, insectos y reptiles (Conteras, 1995).

Contemporáneamente, aparece Alonso de Santa Cruz (1505–1567), un cosmógrafo español que participó en la expedición de Sebastián Caboto (Gaboto) (1484–1557), la cual partió de Puerto de Palos en 1526 y llegó al Río de la Plata (denominado en aquel entonces Río de Solís), en 1527. La expedición penetró 80 leguas (alrededor de 335 km) hacia el interior del territorio, recorrida que le permitió a Alonso de Santa Cruz describir por primera vez las islas del Paraná, con la mención de su flora y su fauna. Alonso mencionó la presencia de venados [Cervidae¹], carpinchos [*Hydrochoerus hydrochaeris*] y osos hormigueros [Myrmecophagidae]. Alonso de Santa Cruz escribió en su obra *Islario General de todas las Islas del Mundo* (1918): “...dentro del Río de la Plata hay gran número de islas grandes y pequeñas, ... hay muchas palmas grandes y pequeñas; en algunas de estas islas hay onzas y tigres [*Panthera onca*] que pasan del continente a ellas y muchos venados y puercos de agua...”. El *Islario* fue una obra que se consideró perdida hasta su reaparición en la biblioteca nacional de Madrid en 1909, donde había sido catalogada bajo el nombre de otro autor, Andrés García de Céspedes (1560–1611), quien había introducido alteraciones en la obra de Santa Cruz para hacerla pasar como suya (Escolano Giménez, 2010).

¹ Los nombres científicos que en este capítulo aparecen entre corchetes son propuestos por los editores.

SIGLO XVII

Los naturalistas religiosos

Si bien varias órdenes religiosas fueron estudiosas de la naturaleza de América, los jesuitas tuvieron un lugar destacado en ello (Aguilar, 2011) y ejercieron una importante influencia sobre la cultura argentina. Su principal mérito en ese sentido radicó en sus relatos y en la relación que establecieron con los indígenas, que los posicionó en inmejorables condiciones para describir la naturaleza (Aguilar, 2011).

Las exploraciones jesuíticas que incluyeron parte de la Argentina se iniciaron en las primeras décadas del siglo XVII, con Antonio Ruiz de Montoya (1585–1652), un jesuita peruano que, entre otras obras, escribió *Conquista espiritual*, una crónica que fue publicada en Madrid en 1639 y se refería principalmente a las misiones de Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape y relata algunos aspectos sobre los animales. De forma específica, en el capítulo III “De algunos animales”, hace referencia a tigres [*Panthera onca*], puercos de agua [*Hydrochoerus hydrochaeris*] y antas [*Tapirus terrestris*].

Entre 1670–1672 destacan las exploraciones de los padres Nicolás Mascardi (1625–1673), primero en alcanzar la confluencia patagónica de los dos océanos en Argentina, y Juan José Guillermo (luego castellanizado como Guillermo; 1672–1716), a los lagos del sur.

SIGLO XVIII

Hacia 1730 llegó a Buenos Aires Tomás Falkner (1702–1784), quien, luego de formarse como médico en Inglaterra, su país natal, fue comisionado por la Royal Society de Londres para viajar al Río de la Plata y estudiar las propiedades medicinales de las plantas americanas. Dos años después ingresó en la Compañía de Jesús y tomó sus primeros votos en la ciudad de Córdoba, hasta ordenarse como sacerdote en 1739. Durante su vida en Córdoba ejerció la medicina, instaló la primera farmacia de la ciudad y ejerció fuerte influencia sobre los programas de estudios de los cursos de ciencias. Asimismo, sirvió como misionero, realizó numerosas exploraciones y acopió gran cantidad de información sobre los indígenas, la fauna, la flora y los accidentes naturales del territorio argentino. En 1767 fue desterrado para regresar a su tierra natal, en donde publicó en 1774, a los 72 años de edad, la *Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional, que contiene una razón del suelo, producciones, animales, valles, montañas, ríos, lagunas...*, obra escrita casi de memoria y en la cual, entre otros aspectos fundamentales de carácter etnológico, describe encuentros con tigres [*Panthera onca*], caza de ñandúes [Rheidae] y venados [Cervidae], y hace revista por toda la fauna y flora autóctona conocida en aquel entonces.

Entre 1745 y 1746, los padres José Cardiel (1704–1782), Matías Strobel (1696–1769) y José Quiroga (1707–1784) navegaron y exploraron las costas patagónicas. En este periodo, Cardiel y Falkner realizaron algunas exploraciones conjuntas, con el objetivo de establecer pueblos hasta llegar al estrecho de Magallanes, misión que nunca prosperó.

En 1748, el misionero Florián Paucke (1719–1779), nacido en Silecia, actualmente en territorio de Polonia, apenas ordenado sacerdote inició un viaje hacia Sudamérica. El 31 de diciembre de ese año llegó a Buenos Aires, en donde permaneció un par de meses junto con otros jesuitas, entre ellos Martín Dobrizhoffer, con quien mantuvo una relación de amistad que duró toda la vida. A diferencia de otros testimonios sobre historia natural de la Sudamérica de mediados del siglo XVIII, sus dibujos son los primeros en esbozar un universo faunístico del amplio espectro en donde se recrean diferentes especies de animales autóctonos que observó en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Con la primera edición en español del texto de Florián Paucke, en 1942, se reprodujeron los dibujos que comprenden 37 láminas de flora, 33 de fauna y 34 de trajes y costumbres (Aguilar, 2002).

A estas exploraciones siguieron otras, como las de su amigo Martín Dobrizhoffer (1717–1791), misionero austriaco quien llegó a Sudamérica en 1749. Buena parte de su estadia la pasó en Paraguay y en una región de la actual provincia de Formosa, en Argentina. En 1784 publicó la *Historia de Abiponibus*, obra escrita en latín que ofrece descripciones, relatos e historias sobre diferentes mamíferos y se refiere a algunos cuadrúpedos, como el tigre [*Panthera onca*], león [*Puma concolor*], anta [*Tapirus terrestris*], tamandúa [*Tamandua tetradactyla*] y guanaco [*Lama guanicoe*], como “bestias salvajes”.

También incluyó a otros mamíferos, como focas [Pinnipedia] y nutrias [Mustelidae], a los cuales se refirió como “animales anfibios”. Una traducción al alemán de esta obra se publicó en Viena en el mismo año.

Otro naturalista jesuita fue el catalán José Jolis (1728–1790), a quien Aguilar (2005) considera como uno de los más importantes misioneros naturalistas, junto con Dobrizhoffer, Paucke y José Sánchez Labrador (1717–1798). Su obra cumbre fue *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco*, editada en 1789 y traducida al español recién en 1972, con el título de *Ensayo sobre la Historia natural del Gran Chaco*, por la Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes. A pesar de que Jolis falleció antes de terminar su obra, la parte publicada es, afortunadamente, la referida a la naturaleza. La información sobre mamíferos fue incluida dentro del libro III, de los siete publicados, que separado en capítulos incluye entre otros, “De los cuadrúpedos”, “Cuadrúpedos propios del Nuevo Mundo”, “Del tatú o armadillo”, “Jabalíes del Chaco” y “Cervos, gamos y cabras del Chaco” (véase Aguilar, 2005, 2010a).

En esta época se puede decir que da comienzo la historia de la paleontología de vertebrados en Argentina, con el descubrimiento de los restos de un gliptodonte a orillas del río Carcarañá, en la provincia de Santa Fe, por parte de Tomás Falkner en 1760.

Poco tiempo después, en 1787, el dominico Fray Manuel de Torres (1750–1819?), oriundo de la ciudad de Luján, provincia de Buenos Aires, desenterró de las barrancas del río Luján los restos óseos de un megaterio que fue enviado a España en 1788. Fue tal el interés que despertó la llegada de este ejemplar a Europa que hasta fue motivo de una picaresca situación, debido a que el rey Carlos III (1716–1788) reclamó el envío de un ejemplar vivo, o en su defecto disecado y relleno de paja. El esqueleto fue armado en el Museo de Historia Natural de Madrid y estudiado por el paleontólogo francés Georges Cuvier (1769–1832), quien lo describió en 1796 como *Megatherium americanum*; fue así el primer vertebrado fósil del Nuevo Mundo que era conocido por la ciencia y el primer vertebrado fósil montado para fines de exhibición (véase Reig, 1961; Vadell, 2007).

Entre 1789 y 1794 se llevó a cabo la Expedición Malaspina, a cargo de Alejandro Malaspina (1754–1809), marino italiano a servicio de España, que produjo una cantidad importante de información científica, entre la cual se incluye la primera cartografía, los primeros ejemplares naturalizados para museos, dibujos de aves, cuadrúpedos y plantas y los primeros dibujos de la ciudad de Buenos Aires vista desde el Río de la Plata (Sagredo Baeza y González Leiva, 2004). La expedición visitó pocas localidades de Argentina. Desde Montevideo y Buenos Aires bordeó la costa patagónica para arribar a Puerto Deseado, provincia de Santa Cruz, para luego dirigirse hacia las islas Malvinas. Los resultados de la expedición se divulgaron por primera vez en 1885 en la publicación *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando de los capitanes de navío don Alejandro Malaspina y don José Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794* (Malaspina et al., 1885). Esta expedición aportó escasa información sobre la fauna de mamíferos de la región argentina. Comenta sobre algunas especies observadas, la captura de un guanaco en Puerto Deseado y, durante el trayecto entre Puerto Deseado y las islas Malvinas, narra que fueron acompañados por ballenas y lobos marinos. Es interesante mencionar aquí la pertenencia de la corona española sobre las Islas Malvinas a fines del siglo XVIII, casi cuatro décadas antes de la ocupación británica.

La etapa colonial se basó principalmente en los estudios realizados por los jesuitas y fue una época en la que Argentina vivió encerrada en sí misma, un tanto alejada de la influencia europea y un periodo en que las ciencias naturales fueron las primeras que se cultivaron en el país (Babini, 1954).

El primer naturalista del Río de la Plata

Algunos autores reivindican a don Félix de Azara (1742–1821), destacado militar y matemático español, como el primer naturalista de la región del Río de la Plata, fundamentalmente debido a sus descripciones de aves y mamíferos de los territorios de Paraguay, sur de Brasil y Misiones (Argentina), a fines del siglo XVIII, poco tiempo después de que los padres jesuitas fueran expulsados de los territorios de España (véase Aguilar, 2010b). En 1781 Azara se embarcó por orden del rey hacia América, en donde vivió por 20 años. Durante su estadía, desarrolló un particular interés por la fauna de cada región visitada. Su preparación original no era de naturalista; sin embargo, y por diversas razones, se dedicó a la observación

de la naturaleza, actividad que incluyó a los mamíferos gracias a la ayuda de la única fuente bibliográfica que disponía, una traducción al español de la obra de Georges L. Buffon (1707–1788). Sus observaciones sobre los mamíferos y reptiles del Paraguay y del Río de la Plata fueron publicadas en su *Essais sur l'histoire naturelle des Quadrupèdes*, en París en 1801, y traducidas al español como *Apuntamientos sobre la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, en 1802.

Diversas especies mencionadas por Azara en *Apuntamientos* sirvieron de base inspirativa para descripciones posteriores más formales realizadas por otros autores, de manera que Azara fue promotor de alguna manera de la descripción de muchas nuevas especies animales para la ciencia. Como consecuencia, la cantidad de especies nombradas en honor a Azara son innumerables. Solamente en el caso de mamíferos que habitan en Argentina su nombre se puede encontrar asociado a diversos taxones (como *Aotus azarae*, *Akodon azarae*, *Dasyprocta azarae*, *Ctenomys azarae*, entre otros que se incluyen en sinonimia o en otras categorías sistemáticas).

Aparentemente, las investigaciones de Azara sólo aportaron con descripciones pero no con animales disecados. Incluso se sabe que las ilustraciones no fueron elaboradas originalmente, sino que fueron realizadas posteriormente para ser incluidas en las publicaciones, algunas de ellas basadas en ejemplares preservados y montados en el Muséum National d'Histoire Naturelle de París.

La historia de Azara está llena de anécdotas, algunas de ellas vinculadas con personalidades de la historia argentina. Por ejemplo, se puede mencionar que la obra *Viajes por la América del Sur de don Félix de Azara, comandante de la Comisión de Límites española en la sección del Paraguay, desde 1789 hasta 1801* (Azara, 1850), fue traducida del francés por Bernardino Rivadavia, quien regaló una copia de la obra todavía inédita a Florencio Varela (1807–1848) cuando se encontraron por última vez en Río de Janeiro, en 1842. En el prólogo de la primera edición, escrito el 22 diciembre de 1845, Florencio Varela dedica la obra a Rivadavia, fallecido el 2 de septiembre de ese año, a quien se refiere como “el digno amigo... que acabamos de perder”. La publicación fue posible porque el regalo de Rivadavia fue uno de los pocos papeles que se salvaron de un naufragio.

SIGLO XIX

La influencia de los naturalistas europeos y el devenir de los argentinos

El arribo al país de naturalistas europeos fue importante hacia mediados del siglo XIX, quienes venían con la misión de realizar extensas descripciones de la fauna y la flora. Es destacable que la obra de Alexander von Humboldt (1769–1859) y Aimé Bonpland, realizada entre 1799–1804, y relatada por Humboldt (1826) en el *Viaje a las Regiones equinociales del Nuevo Continente*, fomentó el interés de muchos jóvenes científicos de la época, quienes, atraídos por los relatos y por los yacimientos paleontológicos y arqueológicos, además de la diversidad de plantas y animales desconocidas entonces en el Viejo Mundo, comenzaron a llegar a América. Algunos de esos naturalistas y geógrafos de renombre fueron Herman Burmeister (1807–1892), Alcide d'Orbigny (1802–1857), Charles Darwin (1809–1882), Jean Antoine Victor de Martin de Moussy (1810–1869), John Parish Robertson (1792–1843), Johann Rudolf Rengger (1795–1832), Auguste François Saint-Hilaire (1779–1853), Carl Friedrich Philipp von Martius (1794–1868) y Johann B. von Spix (1781–1826) (Boccia Romafach, 2001), aunque el mismo Humboldt nunca estuvo en Argentina y su recorrido por el sur del continente solo lo llevo hasta Perú.

Luego de la emancipación en 1810 y el nacimiento de la República, las ciencias naturales eran cultivadas en Argentina por un círculo de clérigos naturalistas (de Asúa, 2010). Durante esta época, el gobierno tenía la preocupación de traer científicos extranjeros para mostrar el país al mundo y para realizar estudios. Bernardino Rivadavia (1780–1845), político y presidente de la República entre 1826 y 1827, propició la llegada de varios científicos, entre ellos el compañero de Humboldt en su expedición por las regiones equinociales, Aimé Jacques Alexandre Goujoud Bonpland (1773–1858), uno de los naturalistas franceses de mayor relevancia para la época. Aunque Bonpland era esencialmente botánico, su influencia en el desarrollo de las ciencias naturales fue relevante. Cuando Bonpland arribó al Río de la Plata en 1817, los anuncios sobre su visita publicados en la *Gaceta de Buenos Aires*, el 5 de febrero de 1817, indicaban “...él es sin duda el primer botánico y zoologista [sic] que nos ha visitado, y siendo

de tanta eminencia su mérito creemos que se pondrá en contribución esta buena fortuna” (Penchaszadeh y de Asúa, 2009). Durante su viaje, Bonpland visitó Buenos Aires, la isla Martín García y exploró el delta del Paraná, donde estudió plantas que llegaban desde Misiones y Corrientes. También leyó a Félix de Azara y se entusiasma con las descripciones de la lujuriente selva y fauna de Misiones y del Paraguay. Durante su estadía, Bonpland persiguió un doble objeto, el primero científico, explorar la historia natural de aquellos lugares, y el segundo, multiplicar plantas útiles del Paraguay y norte de Argentina.

Bonpland se estableció en El Cerrito, Paraguay, donde cayó preso el 18 de diciembre de 1821, para recién ser liberado el 12 de abril de 1829, y luego mudarse a São Borja (Brasil), donde residió por seis años. A partir de 1838, se estableció en Santa Ana, una estancia en la provincia argentina de Corrientes (actualmente conocida como “pueblo de Bonpland”), donde pasó los últimos 20 años de su vida (Schinini y Arbelo de Mazzaro, 2008; Penchaszadeh y de Asúa, 2009).

En 1854, el gobierno de la provincia de Corrientes encargó a Bonpland la creación del primer museo de historia natural de la región. Anteriormente, ya habían comenzado a manifestarse en Argentina las ideas de crear museos. En 1812, Bernardino Rivadavia, como secretario del Triunvirato de gobierno, había impulsado la creación de un museo público o “museo de curiosidades científicas”, en Buenos Aires, iniciativa que se concretó en 1823, cuando el mismo Rivadavia firmó una resolución en calidad de ministro del entonces presidente, Martín Rodríguez (1771–1845). De esta manera, se ordenaba adoptar las medidas necesarias que conduzcan a acelerar el establecimiento del “Museo del país”, especialmente en todos los ramos de la historia natural. Cien años más tarde, en diciembre de 1923, éste sería denominado como Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, en homenaje a su creador.

El primer naturalista argentino, definido por Domingo F. Sarmiento (1811–1888) como el “primer sabio argentino”, fue Francisco Muñiz (1795–1871), nacido en Monte Grande, provincia de Buenos Aires. Es menester mencionarlo debido a su influencia en el pensamiento y en la construcción de las ciencias en Argentina, cuya vocación lo llevó a trabajar a favor de las ciencias naturales, especialmente la paleontología, a pesar de haber dedicado su profesión principalmente a la medicina (Aguilar, 2012). El contacto de Muñiz con la mastozoología fue de manera secundaria, debido principalmente al descubrimiento y la descripción de alguna fauna fósil.

Cuando Muñiz se encontraba en 1825 en la localidad de Chascomús, provincia de Buenos Aires, mientras ejercía su profesión de médico, aprovechó para dedicarse también a la observación de la naturaleza y a investigar sobre la flora y fauna locales. Así dio a conocer sobre el *Dasyopus giganteus*, entre otros fósiles hallados en las cercanías de la laguna de Chascomús (Vadell, 2007).

Muñiz se mudó a la ciudad bonaerense de Luján, un zona rica en material de estudio, donde en 1844 descubrió un tigre fósil al que denominó *Muñizfelix bonaerensis* [= *Smilodon bonaerensis muñiz*], cuya descripción apareció en *La Gaceta Mercantil*, en 1845 (Barcat, 2009). Mientras no hubiera otra cosa urgente durante su estancia en Luján, a Muñiz le gustaba recorrer el río homónimo en busca de fósiles pampeanos. Así logró una valiosa colección, la primera en paleontología de varias especies de mamíferos en América (Vadell, 2007).

Se sabe que Muñiz intercambió correspondencia con Charles Darwin, a quien comentaba sobre los restos fósiles descubiertos por él (véase más detalles en Barcat, 2009). Para mediados de siglo, en 1854, junto con otros naturalistas, como Manuel Ricardo Trelles (1821–1893), crearon la “Asociación Amigos de la Historia Natural del Plata”, de la cual Muñiz fue su director.

El aislamiento intelectual que se vivía en el país en la época de Juan Manuel de Rosas (1793–1877), gobernador de Buenos Aires entre 1829 y 1852, le hizo seguramente perder la autoría de muchos descubrimientos nuevos. En este periodo, muchos de los intelectuales permanecieron en el interior del país. Según comenta el historiador José Babini (1897–1984) “...al finalizar el primer tercio del siglo las instituciones científicas argentinas están aletargadas. Sus dos universidades, su museo, su biblioteca, yacen inertes, muertos...” (Vadell, 2007). Florentino Ameghino (1854–1911), en una carta enviada a Félix Lajouane, sostiene que en 1842 Muñiz donó, o fue forzado a hacerlo, los restos de varios animales fósiles al gobierno de Buenos Aires, material que fue entregado por el presidente Rosas como regalo al almirante francés Dupotet (1777–1852), quien finalmente lo depositó en el Muséum National d’Histoire

Naturelle de París, donde fue estudiado por el paleontólogo Paul Gervais (1816–1879) (Vadell, 2007; Barcat, 2009).

Otro naturalista de relevancia de la época fue Alcide d'Orbigny (1802–1857; Figura 1), quien entre 1826 y 1833 recorrió varios países de América, observaciones que fueron plasmadas en la colosal obra *Viaje por América meridional*, publicada entre 1835 y 1847 (d'Orbigny, 1998, 1999). Esta obra contiene observaciones sobre diversos aspectos de la historia, geología, geografía, arqueología, etnografía, clima, zoología, botánica, paleontología y toda información relacionada con las ciencias naturales. Se debe destacar que esta obra incluye la descripción de 160 especies de mamíferos (Aguilar, 2010c).

D'Orbigny arribó a Buenos Aires en enero de 1827, desde donde remontó el río Paraná y recorrió las actuales provincias de Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Chaco y Santa Fe. De regreso en Buenos Aires, en mayo de 1828, partió hacia la Patagonia, en donde realizó extensas descripciones del área y de su fauna. La observación de distintas especies de mamíferos de tamaño grande era frecuente; entre ellos, el yaguareté (*Panthera onca*) era una especie común en los alrededores de Buenos Aires y en las costas del Paraná; también presenta relatos sobre monos (Primates), cuises o conejillos de indias (Caviidae), carpinchos (*Hydrochoerus hydrochaeris*), zorros (Canidae), nutrias (Mustelidae), tapires (*Tapirus terrestris*), pecaríes (Tayassuidae) y diferentes ciervos (Cervidae). D'Orbigny distinguió perfectamente en su obra al coipo (*Myocastor coypus*) y a las vizcachas (*Lagostomus maximus*) como roedores y también menciona la observación de algunos murciélagos (Chiroptera) debajo de la corteza de un sauce. En su segunda visita a Buenos Aires, d'Orbigny se relacionó con Rivadavia y colaboró con el Museo Público (hoy Museo Argentino de Ciencias Naturales), en donde participó en el ordenamiento de las colecciones y donó algunos ejemplares duplicados a colecciones en Europa.

En este mismo periodo, entre 1833 y 1835, Charles Darwin (1809–1882) recorrió el territorio argentino. Arribó a la desembocadura del río Negro donde el entonces gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, tenía establecido su campamento para las campañas previas a la conquista del desierto. Autorizado por Rosas, con un pasaporte que lo señalaba como naturalista, recorrió las pampas hasta la ciudad de Buenos Aires, luego Santa Fe, las costas patagónicas, las Islas Malvinas y Tierra del Fuego (Browne, 2009). Durante los dos primeros años de su viaje, a bordo del HMS Beagle, Charles Darwin colectó en distintas localidades de Argentina y Uruguay un considerable número de mamíferos fósiles (Fernicola *et al.*, 2009), entre los cuales se cuentan grandes mamíferos que informalmente Darwin asignó a los géneros *Megatherium* y *Mastodon*, únicos grandes taxones de mamíferos fósiles conocidos hasta ese momento para América del Sur; también reconoció la presencia de pequeños y medianos mamíferos, entre ellos al menos dos tipos de roedores y un caballo (Fernicola *et al.*, 2009).



Figura 1. Alcide d'Orbigny (1802–1857) en una ilustración publicada en su colosal obra: *Viaje por América meridional* de 1847.

Tanto d'Orbigny como Darwin recogieron fósiles de mamíferos pliocenos y cuaternarios, colecciones que fueron enviadas al extranjero, pues en aquel entonces todavía no existía actividad paleontológica formal en Argentina (Reig, 1961).

A partir de la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, cuando Rosas fue derrotado, Justo José de Urquiza (1801–1870) en Paraná, y Domingo F. Sarmiento en Buenos Aires, retomaron el legado rivadaviano. Ambos consideraron a los conocimientos científicos como uno de los pilares para el progreso económico del país. Así, en 1855, Martín de Moussy fue contratado por el presidente Urquiza para realizar relevamientos completos de las riquezas naturales del territorio nacional, en base a una propuesta efectuada por el propio de Moussy (Camacho, 2002; Aguilar, 2010d). De Moussy, nacido en Francia en 1810, ya había visitado Sudamérica en 1841, vinculándose con d'Orbigny y Bonpland, a quién visitó en diversas oportunidades en su residencia de Santa Ana. Su obra *Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine* [*Descripción geográfica y estadística de la Confederación Argentina*], se editó en París en tres volúmenes y un atlas, entre 1860 y 1868, pero recién en 2005 fue traducida al español. La obra contiene compilaciones importantes sobre la flora y la fauna de casi todo el país, obtenidas a lo largo de 22 mil kilómetros recorridos, con innumerables observaciones referidas a la historia natural. Para cada provincia, de Moussy dedica un párrafo a la fauna nativa y doméstica, que incluye nombres comunes y una lista de especies. Resulta interesante la mención del jaguar (*Panthera onca*) en los bosques de Entre Ríos, Corrientes, Santiago del Estero, Tucumán y las provincias del noroeste, e inclusive menciona que en Mendoza se multiplica en las llanuras boscosas que fluyen con los ríos Diamante y Latuel. También cita la presencia de vicuña [*Vicugna vicugna*] en las Sierras del Aconquija de Tucumán; además indica que en esa provincia todavía cuenta con tapir [*Tapirus terrestris*] y oso hormiguero [*Myrmecophaga tridactyla*]. Un dato llamativo es la presencia en la provincia de San Juan del aguará o lobo rojo, nombres con los que seguramente se refiere a *Chrysocyon brachyurus*, de quién dice es bastante común en el gran pantano o ciénaga de Los Cerrillos.

En la segunda mitad de siglo XIX ocupan un lugar importante en la escena Auguste Bravard (1803–1861) y Hermann Burmeister. Sobre Bravard se puede decir que fue quien inició la actividad paleontológica nacional en un centro científico, el Museo Nacional, creado por Urquiza en Paraná, en ese momento capital de la Confederación. Esta institución adquirirá más tarde cierto auge como Museo Provincial bajo la dirección del educador positivista Pedro Scalabrini (1848–1916), entusiasta aficionado a los vertebrados fósiles, para declinar más tarde a la sombra del crecimiento de los grandes centros de Buenos Aires y La Plata (Reig, 1961).

El alemán nacionalizado argentino, Karl Hermann Konrad Burmeister (1807–1892), desempeñó la mayor parte de su carrera en Argentina. Arribó al país en 1857 con el objetivo de estudiar la naturaleza de estas comarcas, de las cuales había oído hablar a su maestro y compatriota Alexander von Humboldt (Raffino, 2006). Durante su visita realizó innumerables viajes por prácticamente todo el país, con observaciones y colectas que incluyeron las regiones de Cuyo y el noroeste; además de Chile y Perú, desde donde viajó a Panamá para regresar a Europa a mediados de 1860. Por diferentes circunstancias, en 1861, retomó contacto con autoridades argentinas, como Bartolomé Mitre (1821–1906) y Domingo F. Sarmiento, quienes lo invitaron a dirigir el Museo Público, creado por Rivadavia en 1812 (Aguilar, 2009a), cargo que asumió en febrero de 1862.

Sus primeras acciones al frente del museo estuvieron dirigidas a mantener la independencia administrativa y académica; por lo cual, se negó a que el museo sea un organismo dependiente de la universidad. También inició actividades y proyectos tendientes a fomentar la compra y la adquisición de especímenes mediante campañas de colecta; de este modo, dio al museo un impulso en crecimiento de muestras de todo tipo. Incluso él mismo vendió al museo su propia colección de insectos de la Argentina y de países vecinos (Penchaszadeh, 2012).

Para las publicaciones, Burmeister solicitaba subsidios oficiales, consistentes en un aporte inicial, o financiaba la obra de su bolsillo propio para luego pedir al gobierno una parte, en general la mitad, del costo de la tirada contra entrega de un número elevado de ejemplares. El resto lo vendía por su cuenta para terminar de cubrir el gasto inicial (Penchaszadeh, 2012). Así publi-

có su monumental e inconclusa *Description physique de la République Argentine* (Burmeister, 1876–1886), cuyo tomo tercero (1879) está dedicado a los mamíferos.

En 1866 creó la Asociación Paleontológica de Buenos Aires, institución que tuvo corta vida y se disolvió apenas dos años después. A propuesta de Burmeister, el 16 de marzo de 1870, el presidente Sarmiento y su ministro Nicolás Avellaneda (1837–1885) crearon la Academia Nacional de Ciencias, en Córdoba, encargando a Burmeister su organización y contratación de especialistas alemanes (Camacho, 2002; Aguilar, 2009a). Entre sus títulos, Burmeister obtuvo un doctorado *Honoris Causa* en Ciencias Naturales, otorgado por la Universidad de Buenos Aires, y también fue elegido como presidente de la Academia Nacional de Ciencias (Chebez y Gasparri, 2008a).

Burmeister realizó exhaustivos trabajos sobre la descripción de la fauna, flora, geología y paleontología de varios países sudamericanos, pero en especial de Argentina, estudios que se plasmaron en cerca de 300 títulos publicados. En 1856 describió el género de cánidos *Pseudalopex*; además, de las especies de cetáceos *Phocoena spinipinnis*, en 1865, y *Balaenoptera bonaerensis*, en 1867. Reig (1961) destaca que el principal legado de Burmeister para la paleontología de vertebrados argentina fue la labor descriptiva, ya que su enfrentamiento ideológico con el transformismo le quitó vuelo interpretativo y teórico a su aportación.

Aunque algunos autores consideran que Burmeister no formó discípulos (Reig, 1961:76), Jorge Luis Fontana (1846–1920) trabajó bajo su dirección en 1866, en el Museo Nacional de Historia Natural. Fontana comparte con su generación el hecho de ser multifacético reuniendo en sí mismo las más variadas profesiones: paleontólogo, topógrafo, explorador, naturalista, geógrafo, biólogo y legislador. Entre 1870 y 1871 dio a conocer algunas notas sobre ciencias naturales y publicó en la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Miguel Navarro Viola (1830–1890) y Vicente G. Quesada (1830–1919), dos artículos *La nutria y el lobo de agua* y *El Suindá*, ambos de carácter histórico biológicos, donde el autor discute las clasificaciones de las especies mencionadas y cuenta sus experiencias personales en torno a ellas (Aguilar, 2009b). En 1881 publicó su obra cumbre, *El Gran Chaco*, dedicado a Nicolás Avellaneda, presidente de la nación entre 1874 y 1880, donde incluye un capítulo especial sobre mamíferos y los lista dividiéndolos en bimanos (en referencia a los indios), cuadrumanos, murciélagos, carnívoros, roedores, desdentados, marsupiales, rumiantes y paquidermos.

Para fines del siglo XIX comenzaron a surgir algunos naturalistas argentinos, entre ellos la denominada “generación joven”, básicamente conformada por Eduardo Ladislao Holmberg, Francisco Pascasio “Perito” Moreno y Florentino Ameghino. Este grupo se posicionó en el escenario científico argentino cuando Burmeister estaba avanzado en edad y manteniendo posiciones creacionistas plantearon marcadas diferencias ideológicas de una nueva generación partidaria de las ideas evolucionistas presentadas por Darwin.

Uno de los más destacados miembros de este grupo, con sobrados dotes de orador y cate-drático, fue Eduardo Ladislao Holmberg (1852–1937), nacido en Buenos Aires, donde vivió bajo la influencia de un entorno familiar que le acercó a la naturaleza, especialmente por parte de su padre, quien era un botánico aficionado. Holmberg adquirió un protagonismo destacado a la largo de su vida científica y fue uno de los fundadores, en 1878, de la primera revista de divulgación naturalista del país, titulada *El naturalista argentino*. En uno de sus escritos en dicha revista, en febrero de 1878, Holmberg relata detalladamente la historia, el pasado, el presente y el porvenir del entonces “Museo de Buenos Aires”, en donde señala dificultades, descuidos y falta de apoyo a emprendimientos de esa naturaleza que han subsistido por generaciones enteras, casi hasta nuestros días. Una interpretación, volcada en el reciente volumen de homenaje a los 200 años del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” (Penchaszadeh, 2012), es que Holmberg ironizaba en esa publicación sobre el desempeño de Burmeister como director del museo, a quien se refiere como “...un director, muy científico, pero que no tenía tiempo para atender al público porque estaba ocupado escribiendo artículos para el extranjero”. Con respecto a esta apreciación de Holmberg, se presentaba entonces una discrepancia de diversos sectores con la inflexible actitud de Burmeister de publicar únicamente en lengua extranjera. A pesar de los apoyos oficiales para las acciones que desarrollaba Burmeister,

él no aceptaba otras lenguas para sus publicaciones que no fueran francés o alemán, los “idiomas de las ciencias” de la época, ya que promulgaba que su objetivo era estrictamente científico. Esto motivó no pocas opiniones contrarias, ya que quienes apoyaban económicamente sus emprendimientos, especialmente personalidades del ámbito político, insistían en que las obras debían ser publicadas en español, pues eran pagadas con fondos de la provincia (Penchaszadeh, 2012).

En este momento, viene a nuestra mente la reflexión de que situaciones como ésta han generado un desinterés por lo público y la preocupación principal por lo propio, sin pretender asignar este carácter a Burmeister, han sido situaciones variables y frecuentes a lo largo de la historia de las ciencias en esta parte del mundo. Aún en la actualidad, pareciera que el idioma al que hemos llamado “científico” está predestinado en este momento a facilitar la tarea de quienes no leen español y así, en una especie de complicidad colaborativa, facilitamos la lectura al extranjero, dificultándosela a nuestros compatriotas, a quienes a la vez les exigimos esfuerzos para aumentar los conocimientos sobre nuestra propia naturaleza. El idioma no mejora la calidad de la ciencia, pero ha sido frecuente confundir idioma con calidad, sin entender que sería mejor hablar de la rigurosidad de las evaluaciones de la calidad científica y de la seriedad de las contribuciones.

Durante la época de Holmberg se gestó una generación exitosa de naturalistas investigadores, quienes, más tarde, serían los referentes más importantes de la historia de las ciencias naturales de Argentina, en marcada contraposición con la generación anterior que para ellos representaba Burmeister. Holmberg fue uno de los fundadores de la revista de ciencias naturales *Physis*, pilar de las publicaciones científicas de los argentinos por muchos años. Surgida en 1912, *Physis* recibió un primer apoyo en forma de subsidio por parte del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) recién en 1963, aunque prácticamente hambrienta de apoyos oficiales a lo largo de su historia y de los propios científicos argentinos que optaron por plegarse al movimiento de “publicar afuera”, desaparece tristemente en 2007.

Holmberg fue uno de los primeros defensores del darwinismo. Una de sus obras fue la novela *Dos partidos en lucha: fantasía científica*, escrita en 1875, la cual fue definida por algunos críticos como la primera novela argentina en incluir “ciencia-ficción”; la novela acude a situaciones imaginarias que plantean las diferencias entre darwinistas y creacionistas, para poner en ridiculidad a aquellos que atacan la doctrina de la evolución; también argumenta el tema de la función social de la ciencia y del papel de los científicos, en el contexto de una entonces joven república emergente (Fontana, 2006). En 1888, Holmberg es nombrado director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, para cuya función debió nombrar una comisión para que desarrolle los planes definitivos de la obra, a la cual se integraron nada menos que personalidades como Florentino Ameghino, Carlos Berg (1843–1902) y Enrique Lynch Arribálzaga (1856–1935), quienes elaboraron una planificación casi total, que es prácticamente la que se conserva hasta hoy en día.

Holmberg recorrió muchos lugares del país para realizar inventarios de flora y fauna. Aunque no puede considerarse como un mastozoólogo propiamente dicho, Holmberg realizó algunas observaciones sobre mamíferos que se ven reflejadas en las anotaciones de algunos de sus viajes por la provincia de Buenos Aires, entre 1878 y 1883 (véase Holmberg, 2008), algunas de las cuales fueron publicadas en la revista *El naturalista argentino* y en las *Actas de la Academia Nacional de Ciencias* de Córdoba.

En 1879, durante la “Expedición al desierto” del general Julio Argentino Roca (1843–1914), se creó por primera vez una comisión de naturalistas con la responsabilidad de presentar un informe de lo observado y colectado (Döering *et al.*, 1881; Holmberg, 2008). Este *Informe Oficial de la Comisión Científica Agregada al Estado Mayor General de la expedición al Río Negro: (Patagonia)* incluía en la parte de zoología a Adolfo Döering, con la colaboración de Carlos Berg y el mismo Eduardo Holmberg.

Adolfo Döering (1848–1925) fue uno de los científicos extranjeros convocados por Burmeister. A su llegada a Argentina, en 1872, fue contratado como ayudante de Máximo Siewert y como profesor de Química de la Universidad Nacional de Córdoba. Döering estuvo a cargo de la catalogación sistemática de moluscos y vertebrados.

Un discípulo y yerno de Holmberg, fue Juan Bautista Ambrosetti (1865–1917), considerado como uno de los pioneros de la ciencia arqueológica en Argentina y uno de los colectores ilustres de la Sección Mastozoología del Museo de La Plata.

Ambrosetti se inició como biólogo y paleontólogo, pero luego se inclinó hacia la arqueología. Comenzó su actividad en la provincia de Entre Ríos, donde fue nombrado director del Museo de Historia Natural de la ciudad de Paraná, luego de que donara a esa colección material zoológico que había preservado. En este periodo tuvo la influencia del profesor Pedro Scalabrini (1848–1916), quien lo convirtió en un destacado zoólogo y paleontólogo. Posteriormente, desde Buenos Aires, realizó expediciones a varias provincias argentinas, como Tucumán, Salta y Catamarca, pero eligió a Misiones como uno de los territorios predilectos para sus estudios, lo cual se demuestra en las tres visitas científicas que realizó a esta provincia; la segunda de ellas junto con la “Expedición Científica del Nordeste”, auspiciada por Francisco Moreno. Lamentablemente, por un desencuentro con Moreno, resulta una incógnita el depósito final que tuvo el numeroso material biológico y arqueológico recogido en esta expedición (Chebez y Gasparri, 2008b).

Algunos autores consideran a Ambrosetti como naturalista y destacan su participación activa en diversas asociaciones argentinas relacionadas con esas ciencias. También lo ubican cercano a distinguidas figuras de la época, como Florentino Ameghino y Eduardo Ladislao Holmberg. En 1897, en una de sus expediciones a los valles Calchaquíes, hace su aparición como coleccionista Emilio Budin, quien más tarde sería un destacado colector de la mastozoología argentina.

Francisco Pascasio Moreno, “el perito Moreno” (1852–1919), fue otra de las personalidades determinantes de las ciencias en Argentina, quien a su vez fue influenciado por Burmeister (Aguilar, 2010e). Moreno montó su propia colección en un museo privado, conformada gracias a las colectas realizadas en viajes a diferentes puntos de la República, la cual más tarde fue donada a la provincia de Buenos Aires e incorporada al patrimonio público el 17 de octubre de 1877, con el nombre de “Museo Arqueológico y Antropológico de Buenos Aires”, del cual ejerció en su momento el cargo de director (Aguilar, 2010e). Más tarde, al fundarse la ciudad de La Plata, en 1882, el gobierno provincial dispuso el traslado de esas colecciones a la nueva ciudad, en junio de 1884. Así nació el “Museo de La Plata”, mismo que abrió sus puertas al público en noviembre de 1888 y cuyo edificio terminó de construirse en 1889.

Moreno trabajó poco en paleontología, aunque contó con el apoyo de los suizos Alcides Mercerat y Santiago Roth (1850–1924). Este último, por sus descubrimientos en la Patagonia, captó la atención de Moreno quien le ofreció en 1895 la jefatura de la sección de Paleontología del Museo de La Plata; de ese modo, mantuvo la actividad paleontológica de dicho museo hasta su fallecimiento, en 1924 (Reig, 1961).

En la actualidad existen cuestionamientos acerca de la conducta ética de Moreno, ya que se tendría evidencia de que habría saqueado numerosos cementerios indígenas con el propósito de coleccionar cráneos; además, también se sospecha de que habría confinado en el Museo de la Plata a algunos aborígenes patagónicos con el objeto de que pasaran, luego de morir, a integrar las colecciones.

Roth y Carlos Ameghino eran rivales en la búsqueda de fósiles y estaban involucrados en los conflictos entre Francisco Moreno y Florentino Ameghino (Giacchino y Gurovich, 2001; Fernicola, 2011), rivalidad que resultó en la ocultación de datos sobre las localidades visitadas por los científicos, lo cual creó confusión a los posteriores revisores (Reig, 1961; Magnussen Saffer, 2009). En 1903, Roth propuso el término *Notoungulata* para un grupo de mamíferos extintos, al cual pertenece el toxodonte (*Toxodontidae*). También publicó un trabajo sobre los ungulados sudamericanos y describió algunos mamíferos fósiles hasta entonces desconocidos (Giacchino y Gurovich, 2001). Roth trabajó en estrecha relación con Lucas Kraglievich (1886–1932), que además representó una destacable colaboración interinstitucional (Reig, 1961).

Florentino Ameghino (1854–1911) situó a la Argentina en un nivel importante en el mundo de la paleontología. De hecho, fue tanta su influencia sobre esta ciencia que Reig (1961) dividió a la historia de la paleontología argentina en tres periodos: pre-ameghiniana, ameghiniana y post-ameghiniana.

Ameghino se desempeñó como profesor de Zoología en la Universidad Nacional de Córdoba, subdirector del Museo de La Plata y director del Museo Argentino de Ciencias Naturales, de Buenos Aires,

cargo que ejercería hasta el año de su muerte. Gracias a la labor de Ameghino, el Museo Nacional se afianzó como uno de los centros más importantes de la época en paleontología de vertebrados (Reig, 1961).

Entre Ameghino y Burmeister existieron importantes diferencias de entendimiento. Se sabe que cuando este último estaba por dejar la dirección del Museo Nacional buscó como su sucesor al entomólogo Carlos Berg, a pesar de que Ameghino hubiera sido la persona más adecuada para el puesto.

Contemporáneas con las investigaciones que realizaron Roth y Ameghino, John B. Hatcher (1861–1904) realizó entre 1896 y 1899 una expedición organizada por la Princeton University a la provincia de Santa Cruz, en la cual extrajeron abundante material que fue transportado íntegramente a los Estados Unidos. William B. Scott (1858–1947) y William J. Sinclair (1877–1935) realizaron excelentes monografías con la revisión de este material, entre cuyas virtudes se encuentra haber integrado los descubrimientos de Ameghino al cuadro general de la filogenia de mamíferos (Reig, 1961). En relación con la obra de Scott, cuando estuvo en Argentina trabajó en estrecha colaboración con Ameghino (Reig, 1961), así tuvo la posibilidad de observar tanto la colección de La Plata, dirigida por Moreno, como la colección privada de Ameghino, quien tenía la reputación de tener sus especímenes en secreto (Simpson, 1948).

Florentino Ameghino, antes de renunciar al Museo de La Plata, había tomado sus recaudos con respecto a la disponibilidad de ejemplares. Una parte de cuya colección sirvió de base para su obra *Los mamíferos fósiles de la República Argentina*, de 1889 (Fernicola, 2011).

En reemplazo de Florentino Ameghino a la dirección del Museo Nacional de Buenos Aires fue nombrado Ángel Gallardo (1867–1934), quien tomó posesión de su cargo en abril de 1912. Doello Jurado resume en tres los hitos de la gestión de Gallardo; entre ellos, menciona la designación de Roberto Dabbene (1864–1938) para el área de Zoología (Penchaszadeh, 2012).

SIGLO XX

Primeros pasos hacia la constitución de la mastozoología argentina contemporánea

El estado actual de la mastozoología argentina tiene un importante sustento en la labor desarrollada por Emilio Budin (1877–1935), tanto por su rol de “naturalista viajero”, como a sí mismo se denominaba, como por el especial impacto de sus colectas realizadas por encargo del mastozoólogo británico Michael Oldfield Thomas (1858–1929). Emilio Budin, naturalizado argentino, nació en Ginebra, Suiza, para ser traído a la Argentina a los pocos meses de edad, donde residió hasta su muerte. Durante 1903 se desempeñó como coleccionista y preparador de la Escuela de Agricultura de Tucumán, para luego ser transferido a Villa Casilda, provincia de Santa Fe, a dependencias del Ministerio de Agricultura. Entre 1906 y 1907 participó en una larga expedición al territorio de Formosa por cuenta de la Sección de Tierras y Colonias del Ministerio de Agricultura de la Nación, en carácter de preparador naturalista. Sus apuntes de esta expedición ofrecen información sobre algunos mamíferos observados que fueron publicados por Barquez (1997). Aunque existen datos sobre la colecta de algunos mamíferos en el viaje de Budin por la región del Chaco, no se conoce el destino final de estas colecciones. Los primeros especímenes colectados recién aparecen en 1912, consisten en roedores (Rodentia) procedentes de Maimará, provincia de Jujuy, una región que más tarde exploraría por encargo de Oldfield Thomas.

La colección y preparación de especímenes, a la cual dedicó prácticamente toda su vida, no parecía estar limitada por sus obligaciones como empleado de oficina, ya que se dedicaba a ella en los momentos libres que disponía. En los años en que no estaba empleado, su ocupación oficial era la de naturalista y coleccionista independiente para instituciones de la envergadura del British Museum of Natural History, de Londres, el Museo Argentino de Ciencias Naturales y otros museos de Argentina, Europa y Norteamérica. Según Barquez (1997) “Ninguna relación ha sido tan afortunada para el conocimiento de la mastofauna argentina, como la establecida entre Emilio Budin y Oldfield Thomas”. Es importante resaltar que las formas descritas por el mastozoólogo británico, basadas en ejemplares colectados por Emilio Budin, fueron: dos especies y una subespecie de Didelphidae; una especie de Sciuridae; tres géneros, 29 especies y 13 subespecies de Cricetidae; seis especies de Chinchillidae; dos especies y tres subespecies de Caviidae; 12 especies y cuatro subespecies de Ctenomyidae; un género y dos especies de Octodontidae; cinco especies de Abrocomidae; una subespecie de Leporidae; dos especies y una subes-

pecie de Canidae; cuatro especies y tres subespecies de Mustelidae; y una especie de Cervidae. En total, Thomas describió 96 nuevas formas de mamíferos basado solamente en los ejemplares coleccionados por Budin, entre los cuales se incluyen cuatro géneros y 66 especies colectadas en territorio argentino.

Esta producción de Emilio Budin duró hasta 1934, un año antes de su fallecimiento; de manera general, la mayor parte de sus colectas fueron enviadas y vendidas a museos del exterior, lo cual representaba para Budin el trabajo que permitía sustentar a su familia. Sin embargo, siempre dejó algunos ejemplares en Argentina, muchos de ellos actualmente se encuentran depositados en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, de Buenos Aires, y en la Colección de Mamíferos Lillo, de la ciudad de Tucumán, lugar de residencia de Budin. Los ejemplares que se encuentran en el museo de Buenos Aires fueron comprados mediante encargos a Budin para que realizara campañas de colecta de aves y mamíferos, las cuales ocasionalmente también incluían otros grupos de animales y ciertas plantas.

En 1919, Carlos Ameghino (1865–1936), hermano de Florentino, sucedió a Ángel Gallardo como director del Museo Nacional. En este periodo ejerció como tutor de Lucas Kraglievich (1886–1932), paleontólogo argentino especializado en aves y mamíferos de América, contemporáneo de Ameghino y miembro del Museo de Historia Natural de Buenos Aires. Entre 1925 y 1929, debido a una grave enfermedad de Carlos Ameghino, Kraglievich fue nombrado, interinamente, director del museo; sin embargo, cuando Ameghino renunció fue extrañamente nombrado en su reemplazo Martín Doello Jurado, mientras que Kraglievich mantuvo su actividad científica y presidió la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales durante dos periodos consecutivos.

Martín Doello Jurado (1884–1948), por influencia de Holmberg se dedicó a la carrera de naturalista y fue discípulo de Ángel Gallardo (Aguirre-Urreta y Camacho, 2011). En 1923 asumió el cargo de director del Museo de Ciencias Naturales, que al mismo tiempo cambiaba de nombre por Museo Nacional de Historia Natural “Bernardino Rivadavia”. Fue durante su gestión que el museo se mudó a su actual ubicación, en el Parque Centenario de la ciudad de Buenos Aires. Doello Jurado se preocupó por dotar al gabinete de paleontología de calcos en yeso de mamíferos fósiles cenozoicos existentes en el museo de Buenos Aires.

Según Reig (1961), Kraglievich tuvo, a diferencia de Florentino Ameghino, un mayor acercamiento con la aceptación de una unidad indisoluble entre la labor paleontológica y el estudio de los vertebrados vivos, para superar al mismo tiempo la metodología sistemática de Ameghino con la apreciación de la incidencia de la variabilidad intraespecífica. En 1930, debido a algunos conflictos entre el director Doello Jurado y la planta científica encabezada por Kraglievich, alejaron del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, a este último y a su grupo de trabajo y discípulos, entre ellos Lorenzo J. Parodi, Alfredo Castellanos y Carlos Rusconi, quienes tuvieron que desarrollar sus carreras profesionales fuera de las instalaciones del museo (Reig, 1961).

Lorenzo Parodi (1890–1969) trabajó en el Jardín Zoológico y posteriormente en la división de Paleontología de Vertebrados del Museo de La Plata. Fue un autodidacta con profundo conocimiento de los mamíferos fósiles, especialmente del Cuaternario pampeano, y una formación marcadamente geológica, que sin duda se constituyó en una fuente segura de conocimientos para un novel Rosendo Pascual (1925–2012), miembro honorario de la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos, SAREM (Tonni, 2005). En 1949, Parodi fue designado jefe de preparadores de la división de Paleontología Vertebrados, cargo que mantendría hasta su muerte (Tonni y Zampatti, 2011). Su hermano, Rodolfo Parodi (1903–2004), publicó en 1937 la *Fauna argentina. I. Mamíferos*, un compendio de zoología, con dibujos de Paul Magne de la Croix, sobre el cual Pardiñas (2006) hace una mención en la cual destaca que la misma ha quedado en el olvido. Rodolfo Parodi se integró en la década de 1950 a la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Salta, donde enseñó e investigó en temas paleontológicos (Tonni y Zampatti, 2011); también fue director del Museo de Ciencias Naturales de San Salvador de Jujuy. En 1988, el Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” publicó un trabajo suyo sobre mastodontes.

Alfredo Castellanos (1893–1975) estudió medicina en la Universidad Nacional de Córdoba, aunque su pasión era la paleontología, ciencia que la estudiaba “a escondidas”, siguiendo a Florentino Ameghino (Pasotti, 1981). Castellanos creó y dirigió un centro de investigaciones paleontológicas

gicas en Rosario (Santa Fe), contando con la colaboración de Federico Hennig. Su producción fue vasta y dedicada especialmente a los desdentados acorazados del Neocenoico, con la introducción de algunas novedades en el conocimiento de dasipódidos (*Dasypodidae*) y gliptodontídeos (*Glyptodontidae*), en especial en lo referente a sistemática y filogenia (Reig, 1961).

Carlos Rusconi (1898–1969) creó la revista *Ameghiniana* y el *Boletín Paleontológico* de Buenos Aires. En 1930, describió *Catagonus wagneri*, un fósil de pecarí en excelente estado de conservación procedente de Santiago del Estero, especie que 44 años más tarde sería encontrada viva en el Chaco paraguayo por Ralph Wetzel y colaboradores (1975) y posteriormente registrada en territorio argentino (Wetzel y Crespo, 1975; Olrog *et al.*, 1976). En 1937, Rusconi fue nombrado director del Museo de Historia Natural “Juan Cornelio Moyano”, de la ciudad de Mendoza. Gracias a su aporte, este museo fue transformado en un importante centro paleontológico del interior del país (Reig, 1961).

Es interesante destacar la falta de preocupación mastozoológica que reinaba a mediados del siglo XX en Argentina, particularmente al advertir que el Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires tenía depositados, desde 1936, dos cráneos de esta especie colectados por José Yepes en la localidad de Dragones, provincia de Salta. También es llamativo que a pesar de que en escritos antiguos del siglo XVIII, cuando el jesuita Florian Paucke distinguía ya tres especies de cerdos y a pesar de existir dos cráneos depositados en la colección nacional, nadie se había percatado de las diferencias entre los tres géneros vivientes de pecaríes presentes en Argentina. En el libro de Esteban Laureano Maradona (1895–1995), *A través de la selva*, publicado en 1936, hace alusión al “chanchito quimilero” (nombre común en la zona para *Catagonus wagneri*) y destaca características y observaciones que más tarde serían corroboradas con el redescubrimiento de la especie como fósil viviente: “...un puerco solitario y poco asociado que vive entre los montes fuertes y sólo sale a las pampas marchando de prisa y tímidamente para beber en las aguas más próximas o en la búsqueda de frutos: tunillas y sobre todo tuna de quimil (*Opuntia quimilo*), que ha hecho que así se lo designe” (Chebez, 1994). El autor de este relato, E. L. Maradona, fue un médico rural apasionado por las ciencias naturales que inspirado por la riqueza natural del monte formoseño escribió una veintena de libros, la mayoría inéditos, sobre etnografía, lingüística, mitología indígena, dendrología, zoología, botánica, leprología, historia, sociología y topografía.

Un caso similar al de *C. wagneri* fue evidente con una especie de murciélago (*Sturnira magna*, conspicua e inconfundible dentro del género), que había sido depositada en el Museo Argentino de Ciencias Naturales unos 50 años antes de que la especie fuera descrita formalmente por Luis de la Torre en 1966. Esto sugiere que los museos eran por entonces utilizadas como simples repositorios de colecciones y pocos investigadores desarrollaban estudios mastozoológicos en ellas.

Entre paleontólogos y neontólogos se fortalece la mastozoología actual argentina

Hacia 1920 un inmigrante italiano, Lorenzo Scaglia (1877–1954), se radicó en la ciudad costera de Mar del Plata, en donde se dedicó a la recolección de fósiles, que más tarde fueron expuestos en su domicilio particular para que las personas puedan visitar y ver gratuitamente los ejemplares colectados; a este museo improvisado, la gente del lugar denominaba como “la chacra de don Lorenzo”.

En 1936, Scaglia presentó una muestra de sus colecciones en uno de los salones de la afamada Rambla Bristol, en Mar del Plata, por entonces frecuentada por ciudadanos influyentes de la política argentina en sus vacaciones de verano. Esta exposición repercutió de tal manera que impulsó la creación del Museo Regional, Histórico y Tradicional de Mar del Plata, en 1938, para abrir sus puertas al público el 15 de febrero de 1939. Más tarde, adquirió el nombre de Museo Municipal de Ciencias Naturales y Tradicional de Mar del Plata, a cargo básicamente por Galileo Juan Scaglia (1915–1989), hijo mayor de Lorenzo, hasta su jubilación (Quintana, 2008).

Galileo Scaglia fue amigo y colaborador de Osvaldo Reig desde tempranas etapas de su vida como paleontólogo, tanto que participó en las primeras campañas científicas al Triásico de Ischigualasto, ahora “Valle de la Luna”, en la provincia argentina de La Rioja, cuna de la evolución de los primeros dinosaurios argentinos. En 1959 participó del descubrimiento del famoso fósil *Herrerasaurus ischigualastensis* descrito por Reig en 1963. Este fósil fue encontrado por un poblador de la zona, Victorino



Figura 2. A. Fotografía tomada en 1959 durante la expedición dirigida por Osvaldo Reig para extraer el ejemplar descubierto de *Herrerasaurus*. En la foto se ve a Osvaldo Reig (parado al centro, con camisa blanca y lentes); el segundo hacia su derecha es Victorino Herrera, el campesino que descubrió el fósil y en honor a quien fue nombrado. Hacia la izquierda, con gorra blanca, José Bonaparte; de rodillas, con una cámara fotográfica en la mano, Galileo Scaglia, colaborador y amigo de O. Reig. Sentado, a la izquierda, junto a Bonaparte, José María Gómez, quien fuera técnico de la Colección de Mamíferos Lillo hasta mediados de la década de 1990. **B.** Fotografía que documenta posiblemente la última aparición de Ángel Cabrera (al centro, con la mirada hacia la derecha) ante un público científico. Imagen tomada en las escalinatas del Museo de La Plata, en octubre de 1959, durante el Primer Congreso Sudamericano de Zoología.

Herrera, a quién dedicaron el nombre genérico. La extracción y preparación del material estuvo a cargo de un equipo de científicos que incluía a Galileo Scaglia, José Bonaparte y Osvaldo Reig (Figura 2A).

Años más tarde, el hijo de Galileo, Alberto Scaglia (Tito) colaboró en colectas de diversas expediciones de proyectos dirigidos por Osvaldo Reig. Muchas de estas colecciones fueron depositadas en el museo de Mar del Plata.

Aproximadamente, en la misma época que Scaglia llegaba a la Argentina (1925), Ángel Cabrera y Latorre (1879–1960), proveniente de España, había sido contratado por Luis María Torres, director del Museo de La Plata, con el ofrecimiento de dirigir el departamento de Paleontología de dicha institución, en reemplazo de Santiago Roth (1850–1924) y ante la negativa de Lucas Kraglievich de ocupar ese cargo (Merino, 2002).

En aquel entonces, Cabrera ya era un mastozoólogo formado y prestigioso, con un doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. En ese momento, a los 46 años de edad, Cabrera ya había desarrollado investigaciones en diferentes áreas de la paleontología y zoología de vertebrados. Como la mastozoología era su vocación más marcada, la Argentina le ofrecía un mundo nuevo para sus investigaciones. Osvaldo Reig (1961) consideró que Cabrera se dedicó a su estudio sin conocer límites entre especies vivientes y fósiles para llegar a publicar numerosos trabajos (véase Giacchino y Gurovich, 2000). Aunque fue precisamente criticado por tratar a los fósiles con criterio de zoólogo, en opinión de Reig, ese sería uno de los méritos de su trabajo, aunque sus estudios no tuvieron el mismo rigor científico con los fósiles, como lo hizo con los vivientes, debido a que varios grupos tuvieron que ser revisados (Reig, 1961).

Con el objetivo de recolectar material de estudio, Cabrera encabezó excursiones durante su permanencia en el Museo de La Plata, tanto a la Patagonia como a Catamarca, provincia donde descubrió importantes fósiles entre 1927 y 1930 (Giacchino y Gurovich, 2000).

Su libro *Mamíferos Sud Americanos*, cuya primera edición fue publicada en 1940 en coautoría con José Yepes (1897–1976), mereció el Primer Premio en Ciencias Naturales de la Comisión Nacional de Cultura. En esta obra destaca la importancia de los mamíferos y presenta una encendida defensa de la fauna autóctona, además de un llamado de atención sobre el peligro potencial de introducir fauna exótica, un problema que por no haber sido atendido en su momento está causando grandes disturbios en la naturaleza autóctona. Cabrera también defendía la planificación de reservas naturales y parques nacionales, con argumentos que hasta el presente resultan modernos y plenamente vigentes (Merino, 2002).

En las actas de la Primera Reunión de Trabajo y Comunicaciones de Ciencias Naturales y Geografía del Litoral Argentino, realizada en septiembre de 1960, se publicó una conferencia dictada por Georges Dennler de la Tour, titulada “La figura de Ángel Cabrera”, en la cual el autor destaca la importancia de la presencia del maestro en el Primer Congreso Sudamericano de Zoología, celebrado en el mes de octubre de 1959, en la ciudad de La Plata. Indica que esa fue la última aparición de Cabrera ante un público científico. De forma casual, recientemente se ha tenido acceso a fotografías de dicho evento que ilustran la situación mencionada por de La Tour en su conferencia. Se trata de fotografías que pertenecieran a Konstantin Gavrillov, profesor de uno de los autores (RMB) en la Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. En una de las fotografías se observa el grupo de asistentes al congreso, donde, entre otras personalidades, aparece Ángel Cabrera (Figura 2B). El descubrimiento de la existencia de estas fotografías constituye uno de los pocos registros documentales conocidos que muestran la imagen del afamado mastozoólogo, anteriormente conocido solo por la imagen que acompaña al segundo tomo de su obra máxima *Catálogo de los mamíferos de América del Sur*, aparecido en 1961, luego de su fallecimiento en 1960. También existe otra fotografía de un Cabrera más joven en su *Manual de mastozoología*, publicado en Madrid en 1922.

La mencionada conferencia destacó virtudes y cualidades de Cabrera en aspectos tanto de su personalidad como de su faz científica, publicista, artística, proteccionista y humana. De La Tour relató un singular episodio ocurrido durante una reunión de Ciencias Naturales en la ciudad de Mendoza, en 1937. Cuenta que tanto él como Cabrera habían pedido la palabra al mismo tiempo, para intervenir en

una discusión; la palabra le fue cedida en primer lugar a Cabrera y cuando éste terminó de hablar le fue cedida a de la Tour, pero se levantó simplemente para decir: *Cabrera dixit, causa finita* (después de Cabrera no debe hablar otro, su opinión es terminante), lo cual causó un gran aplauso para Cabrera.

En asociación con José Yepes, Cabrera publicó *Zoogeografía* (1947), un volumen original de la *Geografía de la República Argentina* (Giacchino y Gurovich, 2000). En 1949, publicó en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*: “La zoología en la Edad Media y el descubrimiento del Nuevo Mundo”, un artículo donde describe y cita ejemplos que demuestran el estado del conocimiento que sobre los animales se tenía en la época del descubrimiento de América (Athor, 2011).

Yepes introdujo en Argentina la noción biogeográfica, ecológica y de comunidades. Fue también el creador de la *Revista Argentina de Zoogeografía*, que se publicó entre 1941 y 1946.

Con el golpe de estado de 1943 y su continuación política hasta 1955, la decadencia y la intolerancia se acrecentaron en Argentina. Debido a estos últimos acontecimientos, tanto José Yepes como Ángel Cabrera, fueron despojados de sus cargos (Contreras y Giacchino, 2001).

La información disponible sobre José Yepes es escasa, e inclusive en la reciente publicación alusiva a los 200 años del Museo Argentino de Ciencias Naturales (MACN), donde Yepes desarrolló principalmente sus actividades científicas, su nombre es solamente mencionado en una ocasión, a efectos de comunicar que se encuentra entre los principales contribuyentes de la colección en cuanto a cantidad de especímenes depositados (Flores, 2012). Sin embargo, existe correspondencia, depositada en el archivo de anexos de la Colección de Mamíferos Lillo de Tucumán, mantenida entre José Yepes y Emilio Budin, particularmente referida a las colectas de ambos. De esta correspondencia, como de algunas publicaciones de 1930, queda en evidencia que Yepes estaba a cargo de las colecciones de mamíferos del MACN, pues Budin se refería a Yepes como Jefe de la Sección de Mastozoología del museo.

Las personalidades que han contribuido a incrementar el conocimiento de la mastofauna argentina en la primera mitad del siglo XX fueron diversas, pero es justo destacar que la mayoría de ellas tenían una fuerte tendencia hacia la paleontología; por lo cual, en muchos casos, la información referente a mamíferos actuales aparecía apenas como resultado secundario de sus investigaciones.

Por aquellos años, el aporte extranjero todavía era importante. Se puede mencionar a Frederic Brewster Loomis (1873–1937), quien entre 1911 y 1912 realizó estudios estratigráficos y paleontológicos en la provincia de Chubut y noreste de Santa Cruz, donde recogió abundantes restos de mamíferos y otros fósiles terciarios. Otro investigador fue Cayetano Roveretto (1871–1952), quien en 1914 analizó las características composicionales de la fauna araucanense, sus relaciones con los ciclos climáticos y la transformación del ambiente. Por su parte, Elmer Riggs (1869–1963), del Field Museum of Natural History, realizó colecciones entre 1922 y 1924 que fueron llevadas íntegramente a Chicago y estudiadas por Riggs y Brian Patterson, con importantes aportes a la fauna argentina de mamíferos extintos (Reig, 1961; Camacho, 2001).

Merecen destacarse las expediciones realizadas por George Gaylord Simpson (1902–1984), del American Museum of Natural History, de Nueva York (AMNH), entre 1930 y 1931 y entre 1933 y 1934, para estudiar los yacimientos del Terciario antiguo, que permitieron diferenciar la fauna de mamíferos más antigua de Argentina (Reig, 1961). Es importante mencionar que a pesar de existir un acuerdo entre los museos de Buenos Aires y de Nueva York, para que los tipos y todo material representativo retornara a la Argentina, dicho acuerdo no se cumplió y los tipos fueron publicados con números del museo estadounidense (Reig, 1961).

Con el alejamiento de Kraglievich, Castellanos, Rusconi y Parodi, del Museo Argentino de Historia Natural, comenzó la actividad de Alejandro Bordas y, posteriormente, de Noemí Violeta Cattoi, quienes realizaron una importante labor en la organización de la sección de Paleontología de Vertebrados de la nueva sede del museo, en el parque Centenario, que incorpora la colección de Ameghino (Reig, 1961). En alguna oportunidad, Alejandro Bordas acompañó a George Simpson en sus trabajos de campo, para entre 1932 y 1942 dar a conocer las importantes observaciones sobre el Terciario continental de la Patagonia (Camacho, 2001). Por causa de su desentendimiento con las nuevas autoridades peronistas, encargadas del gobierno del país, Bordas se retiró del museo de Buenos Aires e iniciaron sus actividades

Jorge L. Kraglievich y Osvaldo Reig (Reig, 1961; Tonni y Pasquali, 1999). Cattoi se hizo cargo a comienzos de 1960 de la división de Paleontología de Vertebrados, para más tarde incorporarse a la “Carrera del Investigador” del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), fue así la primera mujer paleontóloga integrada a ese organismo (Tonni, 2005). En aquel periodo, adquirió importancia el Museo Municipal de Ciencias Naturales y Tradicional de Mar del Plata, del cual Reig ocupó la secretaría en 1948, para luego comenzar con la organización y determinación de sus colecciones, tarea que después la continuaría Jorge Kraglievich (Reig, 1961).

Oswaldo Reig (1929–1992) es considerado como el pionero del surgimiento de la mastozoología contemporánea argentina. Se constituye en un mastozoólogo destacado que actuó principalmente a partir de la década de 1950, en coexistencia con las innumerables oscilaciones que la política del país impusieron, lamentablemente, a su vida.

Reig descubrió tempranamente la fascinación que irradiaban Darwin y Ameghino. También, gracias a la amistad que mantuvo con Jorge Kraglievich pudo acceder a la biblioteca de su padre. A los 27 años, Reig ya tenía 11 artículos publicados sobre mamíferos fósiles, en temas de paleontología taxonómica (identificación y clasificación), que aunaron la metodología paleontológica con la zoológica; es decir, una comparación entre las especies extintas con las vivientes. En 1954, descubrió que un grupo de marsupiales que había sido dado a conocer por Ameghino, los microbiotherídeos (Microbiotheria), que se suponía extinto desde hace más de 20 millones de años, contaban con representantes vivos en Argentina y Chile. Se trataba del monito del monte (*Dromiciops australis*), una especie que pasó así a integrar la lista de fósiles vivientes.

En 1958, Reig fue convocado para organizar el Laboratorio de Paleontología de Vertebrados Fósiles del Instituto Miguel Lillo, de la Universidad Nacional de Tucumán, actividad que quizás representó su primer trabajo oficial como científico (Ponsá Fontanals, 2011). El Instituto Lillo se transformó entonces en uno de los centros paleontológicos más importantes del país. El dinamismo y crecimiento que presentó en las primeras épocas de su creación se debió también a la ayuda de los colaboradores contratados por Reig, nada menos que Galileo Scaglia y José Bonaparte.

Una vez más, la historia se empeñó en mostrar las incoherencias de la vida. Osvaldo Reig fue cesanteado en 1960 por la Universidad Nacional de Tucumán, mediante la aplicación de una pena denominada *Capitis diminutio* (sin término en el tiempo), que consistía básicamente en la pérdida de sus derechos y la inhabilitación de por vida para ocupar cualquier cargo en el Instituto Lillo o en la Universidad Nacional de Tucumán. En 1986, en una visita de Osvaldo Reig a la sección de Mastozoología del Instituto Lillo, mientras observaba cráneos bajo una lupa e intercambiaba opiniones con uno de nosotros (RMB), repentinamente levantó su mirada y dijo: “yo no tengo permitido estar aquí”. Así relató su caso. Fue con este evento que iniciamos (Osvaldo Reig y Rubén Barquez) la tarea de solicitar a las autoridades universitarias vigentes la revocación de tamaña pena, misma que fue favorecida por la gestión del entonces decano de la Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Florencio Aceñolaza. El pedido resultó favorable. Mediante resolución de septiembre de 1987 se revocó la sanción mediante una resolución que expresaba “la medida aplicada en aquellos tiempos fue excesivamente arbitraria”.

Ponsá Fontanals (2011) destaca en la biografía que escribió sobre Reig que aquellos fueron años de gran eferescencia en el Instituto Lillo de Tucumán, cuando se convirtió en uno de los más importantes institutos de Argentina, pero la orientación política de un nuevo director acabó con la dedicación de Osvaldo y de varios otros investigadores en el instituto.

Luego de su separación del Instituto Lillo, Reig regresó en 1960 a Buenos Aires, para un año más tarde, a los 32 años de edad, ser designado por concurso en el cargo de profesor titular con dedicación exclusiva de la cátedra de Zoología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, a pesar de no haberse graduado y en mérito, exclusivamente, a sus numerosos e importantes trabajos científicos. El tribunal examinador del concurso estuvo integrado por científicos de prestigio como Rosendo Pascual y George G. Simpson. En 1966, Reig viajó hacia los Estados Unidos para usufructuar de una beca Guggenheim de un año en la Universidad de Harvard. Allí se entera que la dictadura de Juan Carlos Onganía (1914–1995) había derrocado al

presidente Arturo Illia (1900–1983), electo democráticamente, y había avasallado las universidades el 29 de julio de 1966, en la tristemente célebre “Noche de los bastones largos”, ejecutada por la Policía Federal. Esta siniestra acción del gobierno militar produjo el brutal desalojo de profesores y estudiantes que ocupaban las facultades de la Universidad Nacional de Buenos Aires, con la consecuencia de que cientos de profesores fueran despedidos, renunciaran a sus cátedras o abandonaran el país. Trescientos profesores universitarios, incluidos 215 científicos, emigraron para ocupar cargos en otras universidades latinoamericanas, principalmente de Chile y Venezuela, aunque algunos emigraron a Estados Unidos, Canadá, Puerto Rico y Europa. Esta situación impuso a Reig, como a muchos de sus colegas, la necesidad de renunciar a su cátedra, para iniciar así un traumático itinerario por diversos países. Su primer traslado fue a Venezuela, donde fue contratado como profesor de la Universidad Central de Venezuela, en Caracas, y como investigador del entonces recientemente creado Instituto de Zoología Tropical. Permaneció en Venezuela hasta 1970, donde en un lapso de apenas cuatro años se repitieron sucesos políticos que nuevamente afectaron su vida, en un escenario en que ciertos grupos lo calificaban de “maoísta” (Ponsá Fontanals, 2011), mientras que otros lo acusaban de “imperialista”, por el hecho de publicar sus trabajos en inglés.

En 1971 participó de un programa multinacional de genética de la Organización de Estados Americanos (OEA), en Santiago de Chile, en donde tomó contacto con investigadores de ese país y de otros lugares del mundo. Más tarde viajó a Londres, con el apoyo de la Fundación Guggenheim y de la Universidad de Londres, donde en noviembre de 1972, alcanzó un doctorado en filosofía, con el trabajo *The evolutionary history of the South American Cricetid rodents*.

En 1972 regresó a Chile para radicarse en Valdivia y trabajar en la Universidad Austral de Chile. Una vez más, su presencia en un lugar es sorprendida por sucesos típicos de la política latinoamericana de aquel entonces. El golpe de estado ejecutado por Augusto Pinochet (1915–2006) que destituyó al gobierno democrático de Salvador Allende (1908–1973), el 11 de septiembre de 1973, impactó directamente en la vida de Osvaldo Reig, quien fue detenido junto con otros profesores, para ser trasladado como prisionero a la ciudad de Santiago. Antes estos sucesos, Estela Santilli, esposa de Osvaldo, reclamó la intervención de la OEA, con lo cual consiguió que sea liberado, aunque bajo la condición incuestionable de abandonar el país, disposición que debía cumplirse de inmediato: fue subido en el primer avión disponible y enviado de regreso a la Argentina.

En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Reig fue restituido en su cargo, al que había renunciado en 1966 durante la dictadura de Onganía. Este regreso a la Argentina se produjo justamente en un momento en que los organismos persecutores de la intelectualidad, como fue la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina, un grupo parapolicial de ultraderecha), se preparaban para un nuevo golpe de estado. Sobre esta circunstancia, a pesar de que Argentina vivía en una flamante, pero frágil democracia, Reig relató sobre su estadía entre 1973 y 1974 que “...nunca lo pasé tan mal en mi país como durante ese año, acosado tanto por los totalitarios de derecha como por los de una sedicente izquierda” (Quintana, 2012).

Desde Argentina, Reig viajó a México para participar como expositor del VI Congreso Latinoamericano de Zoología, realizado entre el 30 de septiembre y el 6 de octubre de 1974, cuando se enteró que ha sido destituido de su cargo de la universidad por el interventor Alberto Ottalagano, bajo el gobierno de la viuda de Perón, famoso por su saludo hitleriano y por su impune actitud de autodeclararse “fascista”. La vida de Osvaldo Reig y la de su familia corrían peligro en Argentina, así que desde México decidió contactar con sus amigos de Venezuela, quienes le ayudaron para recibirlo nuevamente en ese país, donde transcurrió tiempos diferentes, exitosos y felices.

Las noticias que llegaban desde Argentina hacían referencia a terribles asesinatos, desaparecidos, represión, miedos, amenazas y torturas (Ponsá Fontanals, 2011). Una de las noticias recibidas fue sobre el secuestro y desaparición, el 5 de abril de 1976, de su primera esposa, Flora Pasatir y su esposo Gastón Robles, quien fuera secretario de Agricultura durante el breve gobierno de Héctor Cámpora. Algunos testimonios y documentos indican que Flora estaba embarazada, pero tanto la pareja como el niño, que debió nacer en cautiverio, continúan desaparecidos.

En Venezuela, Osvaldo y su familia transcurrieron una vida agradable, con buen sueldo, muchos amigos y colegas. Permanecieron allí hasta 1983, cuando regresaron de forma definitiva a la Argentina, con la vuelta de la democracia y el apoyo del propio Raúl Alfonsín (1927–2009), primer presidente democrático después de las oprobiosas dictaduras militares. Alfonsín y Reig se habían conocido en Venezuela. A su regreso venía acompañado de planes, aunque algunos no llegaron a cumplirse por sus propias manos, como la reorganización del Museo Argentino de Ciencias Naturales, una institución trascendente en la ciencia argentina, pero que se encontraba en un estado de singular retraso académico (Quintana, 2012).

En una charla con Osvaldo mantenida por uno de los autores (RMB), este le propuso desempeñar el cargo de curador de la Sección de Mastozoología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, pero ante la primera negativa nunca más se volvió a hablar de ello. Quintana (2012) menciona que aunque Reig contaba, para dichos proyectos con el apoyo de las autoridades nacionales, la influencia de sectores conservadores de la iglesia Católica fue lo suficientemente poderosa para que ese cargo continúe ocupado por una administración mediocre, que no estaba dispuesta a transformar el museo en un instituto moderno de investigación de las ciencias naturales. Años después, con el mantenimiento de los avatares democráticos, el museo ha logrado imponer una fuerte influencia en el sector científico de Argentina. Actualmente, la mayoría de los cargos esenciales son ocupados por investigadores del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Reig llegó a ser uno de los pocos argentinos que fue nombrado miembro asociado de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, como también de la sección de Teriología de la Academia Nacional de Ciencias de la ex-URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) y de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo. Además, recibió un doctorado *Honoris Causa* por las universidades Autónoma de Barcelona y de Buenos Aires. Su aporte a las ciencias naturales fue importante en el campo de la genética evolutiva de los vertebrados, su última área de estudios, aunque también hizo significativas contribuciones a la paleontología, la biogeografía histórica y sistemática de mamíferos. Su labor no estuvo exenta de reflexiones sobre los problemas que se dan entre la ciencia, el marco social y la política científica.

La referencia de “itinerante”, como se ha descrito frecuentemente a Osvaldo Reig, proviene principalmente de los hechos arriba relatados, que lo llevaron permanentemente de un lugar a otro; pero también, por su propia auto-caracterización, como lo cita su amigo personal Mario Bunge, en un artículo escrito tras su fallecimiento (Ponsá Fontanals, 2011). Bunge (1998) dice que “Osvaldo se caracterizó a sí mismo como biólogo itinerante ... cada vez que cambia de lugar, sobre todo en un continente donde casi todo queda por hacer, el experimentador debe formar un nuevo equipo de colaboradores, montar un laboratorio y pelear para conseguir recursos, sobre todo cuando estos son escasos”.

Es destacable que en situaciones como ésta, los enormes esfuerzos para integrar grupos de trabajo, adquirir equipamiento y desarrollar proyectos de investigaciones, han sido frecuentemente desanimados en Argentina, tanto por dificultades de carácter académico, como también por una falta de conciencia nacional destinada a unificar criterios conducentes al desarrollo de una ciencia enraizada en valores latinoamericanos. En esto ha tenido buena parte de responsabilidad la inestabilidad política, los frecuentes y casi periódicos golpes de estado, que desequilibraron la permanencia de líderes académicos necesaria para alcanzar el éxito de cualquier proyecto o grupo de trabajo.

LA CONSOLIDACIÓN DE LA MASTOZOLOGÍA ACTUAL

El retorno de Osvaldo Reig a la Argentina, conjuntamente con la normalización de una vida democrática para el país, comienza en 1983 con el gobierno de Raúl Alfonsín, y facilita las acciones que motivarían la constitución, crecimiento y fortalecimiento de una sociedad científica, capacitada para ordenar los criterios de necesidades científicas para el estudio de los mamíferos. En el lapso entre las grandes contribuciones de Ángel Cabrera, José Yepes y diversos paleontólogos, como Rosendo Pascual o José Bonaparte (entre muchos otros, la mayoría de ellos investigadores solitarios y probablemente poco estimulados para constituir grupos de trabajo o para fortalecer una ciencia mas-

tozoológica como tal) se produce en Argentina un marcado vacío durante el cual sólo permanecen algunos investigadores aislados que sufren las consecuencias de una Argentina cerrada a cualquier tipo de apoyo oficial para desarrollar investigaciones científicas.

La experiencia de Tucumán, que en este caso se relata como modelo debido a que ha sido vivida personal y directamente, puede aplicarse como ejemplo de la situación y hacerse extensiva a todos los rincones donde algo de mastozoología se estaba haciendo. No es intención desconocer la labor individual de muchos colegas, quienes más tarde, estimulados por un Osvaldo Reig acompañado del alivio espiritual que impone un estado de democracia, pasaron a constituir la SAREM (Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos), lo cual demostró que en el país existía el germen, pero no podía desarrollarse masivamente sin un impulso motivador y aglutinante.

Entre Cabrera y la dictadura

En un artículo editorial para *Mastozoología Neotropical*, Ulyses Pardiñas (2006) expuso su opinión de que a partir del fallecimiento de Ángel Cabrera se diversificaron tres escuelas en el campo de la mastozoología argentina. Pardiñas reconoce las líneas Rosendo Pascual, Osvaldo Reig y Fernando Kravetz, la primera con sede en el Museo de La Plata y orientada fundamentalmente a la paleo-mastozoología; la de Reig en líneas sistemáticas con énfasis en aspectos citogenéticos; y la tercera, centrada en la figura de Fernando Kravetz, dio origen a los grupos de investigación con una componente prioritariamente ecológico, asentada en Buenos Aires, Mar del Plata y Córdoba.

Es importante, sin embargo, mencionar que el mismo Kravetz, en su discurso final, ofrecido en noviembre de 2002, tras haber sido nominado miembro honorario de la SAREM, reconoció haberse iniciado con Osvaldo Reig en 1964 y haber sido posteriormente conducido por Jorge A. Crespo, quien se hiciera cargo del puesto dejado por Reig tras su renuncia luego de la “Noche de los bastones largos”. A su vez, el mismo Reig reconoció a Ángel Cabrera como maestro de su formación.

Pardiñas también menciona a otros profesionales dentro de este contexto de grupos originales, pero ligados más al ángulo biomédico y parasitológico como Marta Sabatini, Noemí Gardenal, Carol Sutton y Graciela Navone. Destacan los emprendimientos en el interior del país, para citar dos líneas surgidas en Tucumán, influidas por Michael Mares y Claes Olrog, quienes dieron lugar a los grupos de investigación de Ricardo Ojeda y Rubén Barquez. También aparece Ricardo Bastida como punto de origen de las investigaciones argentinas sobre mamíferos marinos. Pardiñas también hace referencia a otros grupos de mastozoólogos: “...los escasos pero fundamentales unilaterales: Elio Massoia, Abel Fornes, Jorge Crespo y Julio Contreras”.

En este punto es menester citar la experiencia de uno de los autores (RBM) en la década de 1970, ligada a la visión ofrecida por Mares (2009), quien en 1972, siendo un estudiante de doctorado, accedió fortuitamente al cargo de profesor de Ecología en la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán, como consecuencia de la vacancia del cargo por fallecimiento del profesor anterior. Es entonces cuando conoce a quienes más tarde serían sus alumnos de doctorado, Rubén Barquez y Ricardo Ojeda, ambos vinculados a la figura de Claes C. Olrog quien, aunque ornitólogo, era el único profesional en dicha institución dedicado colateralmente a los mamíferos y encargado de la sección de Mastozoología del Instituto Miguel Lillo.

La mastozoología de Argentina estaba restringida entonces a pocas figuras, como consecuencia de emigraciones y dificultades de los profesionales para constituir grupos de trabajo, especialmente debido a las persecuciones políticas mencionadas anteriormente. La Argentina era de este modo suelo virgen para mastozoólogos externos que quisieran venir a estas tierras a estudiar su fauna. Faltaban líderes nucleantes, y la ciencia mastozoológica se desarrollaba de manera aislada por parte de profesionales poco conectados entre sí. A la vez, la mayoría de los investigadores de la época no estaban comprometidos con desarrollar estudios de diversidad o sistemática, sino más bien volcados a aspectos puntuales sobre algunas especies o grupos sistemáticos, o a problemáticas particulares dentro de campos como la ecología, genética, virología y otros, que no fueron motorizadoras para generar mastozoólogos, en el sentido amplio de la palabra.

La Argentina tenía insuficientes conocimientos sobre su fauna de mamíferos y carecía de biólogos de campo dedicados al tema. Las carreras universitarias no estimulaban proyectos de campo y aún menos si se trataba de ciencia básica, a pesar de la necesidad de mastozoólogos que realicen colecciones extensivas e intensivas, que permitieran alcanzar un grado aproximado de conocimiento sobre las especies, su distribución, identidad y estado de conservación. Por otro lado, los organismos oficiales argentinos, proveedores de subsidios, no estimulaban los proyectos faunísticos. Aunque era un país que aspiraba a posicionarse al lado de los avances de la ciencia mundial, irracionalmente se descuidaba el hecho de que para lograrlo era importante trabajar en los aspectos básicos de las especies.

En la década de 1970 estaba en boga la disputa entre “hacer ecología” o “hacer sistemática”, en una burda imitación de las disputas extranjeras, que no pertenecían a nuestra realidad, sino a la de países más avanzados en los conocimientos básicos, donde hacer relevamientos ya era cosa del pasado. Nosotros poco sabíamos sobre cuáles eran las especies que habitaban en el territorio argentino, pero desde los ámbitos políticos de la ciencia nacional, llámense ministerios, secretarías o universidades, se alentaba el desarrollo de aquellas líneas que “hicieran parecer” al país como aquello que estaba de moda en el primer mundo. Así la sistemática y la biogeografía quedaban relegadas a segundo plano. Quienes tenían estas vocaciones quedaban relegados de recibir apoyo económico para sus investigaciones. En aquellos tiempos, la forma de acceder a algún subsidio era disfrazarse de practicidad. Los investigadores debían dibujar un potencial resultado “práctico” de sus investigaciones, porque era difícil para los burócratas que manejaban los recursos entender que el conocimiento básico era igualmente importante para avanzar y apoyar con inteligencia proyectos que apenas proponían conocer cuáles eran las especies que habitaban en una provincia o región. Alternativamente, las modas cambiaron siempre de la mano de las corrientes externas. Así llegaron la taxonomía numérica, el cladismo, la citogenética y lo molecular. Hoy algunos resabios de esa mentalidad todavía persisten, pero la masa crítica es mayor y las discusiones también, aunque cada día son menores las superficies de ambientes naturales donde la fauna que se quería estudiar aún existe. La “urgencia” no ha sido tenida en cuenta.

La ausencia de información en la década de 1970

Mares (2009) relata que a su arribo a la Argentina, en 1970, el estado de la mastozoología no era bueno, que eran pocas las personas que desarrollaban proyectos o que estaban entrenadas para el estudio de los mamíferos. Menciona a Jorge Crespo, en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, a Abel Fornes, Elio Massoia (1936–2001), Julio Contreras y a algunos miembros de un grupo fundado por Osvaldo Reig, entre ellos a Susana Merani y Fernando Kravetz.

Otra personalidad relevante de la época fue Virgilio Roig quien, aunque no era estrictamente un mastozoólogo, había desarrollado algunos estudios sobre mamíferos de la región de Cuyo, en la provincia de Mendoza. Se involucró con la mastozoología hasta el punto de llegar a ser el segundo presidente y más tarde miembro honorario de la SAREM.

Durante la década de 1970 no existían en Argentina listados adecuados de mamíferos ni guías de identificación de especies. Una época en que estaba abierto un campo de exploración, tanto para la colección de ejemplares con el objetivo de incrementar las muestras de especies en colecciones, como la necesidad de escribir guías de campo que faciliten el trabajo de generaciones presentes y futuras y que sirvan de camino para incentivar el desarrollo de estudios más completos y extensivos. Así, impulsado por Michael Mares y Claes Olrog, el grupo de Tucumán conformado entonces por Ricardo Ojeda y Rubén Barquez, tomó esas líneas que fueron posteriormente sucedidas por sus estudiantes, en Mendoza y Tucumán.

Aquella época, desde la mitad de la década de 1970, periodo en el cual se originó una parte de los profesores que formaron en líneas sucesorias a las generaciones actuales, transcurre bajo situaciones de graves conflictos sociales y políticos, inestabilidades y carencia de apoyo para el desarrollo de investigaciones mastozoológicas. Los numerosos viajes de campo desarrollados por Ojeda y Barquez en el norte de Argentina estuvieron enmarcados por detenciones forzadas, priva-

ción ilegítima de la libertad y perturbaciones que afectaban el esfuerzo que debía disponerse para hacer una Argentina bien conocida en su mastofauna. Mucho del tiempo personal de los investigadores de campo debía ser dedicado a preocuparse por sobrevivir. El golpe más duro llegó en 1976.

El periodo dictatorial

El 24 de marzo de 1976, el general Jorge Rafael Videla (1925–2013) tomó por la fuerza el gobierno de la República Argentina, mediante el evento que actualmente se explica como “golpe cívico-militar”, que dio inicio a la “dictadura militar argentina”, situación que derivó no solo en la pérdida de libertades y derechos individuales; sino también, y lo que es peor, en miles de torturados, secuestrados, desaparecidos y asesinados. Este periodo repercutió de manera directa en la pérdida de una importante masa crítica cultural y científica, ya sea por persecución, exilios o por la simple limitación e impedimento de la generación de nuevas ideas por el miedo al nuevo gobierno. Esta actitud extrema de las fuerzas gobernantes se presentaba cotidianamente con una prepotencia y un autoritarismo que desanimaban y que instalaba temor e inseguridad. En este momento, es oportuno recordar el mensaje final de Fernando Kravetz, ofrecido en Noviembre de 2002, donde cuenta: “en marzo de 1976, yo estaba a cargo de la organización de la IV Reunión Argentina de Ecología, que debía empezar el 9 de abril. El rector designado por la dictadura decidió postergar sin fecha la reunión. Carecí de información, hasta que un colega me advirtió que según el Brigadier Rector, ‘no habrá reunión mientras un judío sea presidente de la misma’ ”.

De este modo, buena parte de la década de 1970 pasó con una “justificada” quietud en el desarrollo de la mastozoología en Argentina. Los estudios y colectas realizados en este periodo fueron ejecutados en su mayor parte por los actores antes mencionados y de algunos otros colegas que involuntariamente se haya podido omitir sus nombres. Las campañas durante los periodos de opresión fueron extremadamente traumáticas, muchas veces desestimulantes y siempre estresantes, frecuentemente derivadas en detenciones, interrogatorios y en acciones de prepotencia que desalentaban las intenciones por realizar los estudios. Cualquier salida de campo podía terminar potencialmente en alguna circunstancia no prevista. Podíamos ser incluidos en listas negras sin derecho a defensa, o sujetos a la desaparición física, como sucedió con algunos colegas y amigos.

La persistencia en proseguir estudiando los mamíferos en el campo, a pesar de las adversidades, nos hizo posicionarnos en un sentimiento de “derecho” sobre el tema; pero a la vez, comenzamos a prepararnos para continuar abiertos al crecimiento de una sociedad numerosa de estudiantes y colegas que vendrían, en un futuro cercano, a hacerse cargo y a volcar sus opiniones sobre los mamíferos del país.

LA LLEGADA DE LA DEMOCRACIA

El año de 1983, con el retorno de la democracia cambia el panorama y propone a la vida cívica y cultural argentina la implementación de actividades que llevarían finalmente a la aglutinación de profesionales en una sociedad científica, preocupada por el estudio de los mamíferos.

La Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM)

El 18 de noviembre de 1982, durante la III Reunión Iberoamericana de Conservación y Zoología de Vertebrados, desarrollada en el Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires, tuvo lugar el primer acto formal que condujo a la creación de una sociedad argentina de mastozoología. En esta reunión, un grupo de profesionales escribió un manifiesto, de una página, que proponía la creación de la Sociedad Argentina de Mastozoología, con seis objetivos mínimos (Figura 3). Este grupo de personas, entre las cuales se encontraban Claes Olog, Juan Claver, José María Gallardo, A. Castello, Fernando Ávila Pires, Jorge Cajal, C. Campagna, Gloria de Villafañe, Miguel Delibes, G. Dezhon, Rubén Barquez, E. Roldán, María Busch, J. J. Bianchini, Ricardo Ojeda, Adriana Kajon, Raúl Vaz Ferreira, Paula Brunner y otros cuyas firmas no son legibles, comisionaron a Julio Contreiras, Susana Merani y Fernando Kravetz para hacer efectiva la voluntad expresada y convocar a una reunión constitutiva en el año siguiente, 1983.

Se debe destacar que en el espíritu de esta primera reunión se dejó establecida la voluntad de los participantes de establecer nexos con otros organismos de investigadores latinoamericanos, a fin de constituir una Sociedad Latinoamericana de Mastozoología.

A partir de este primer acto formal, el triunvirato designado trabajó para hacer efectiva la Asamblea Constitutiva, según relata la misma Susana Merani (2010) “antes de que el triunvirato cumpliera su primer año de constituido, la titular de la cátedra donde se encontraba la sede (Mercedes Weisembacher), recibió la orden de dejar de brindarle lugar y protección a un grupo considerado ‘subversivo’. Ante la solicitud de no dejar entrar a ‘ciertos personajes’ (Osvaldo Reig, entre ellos), mi negativa de acceder fue rotunda; continuaron viniendo y visitándonos”. A pesar de estos resabios de autoritarismo y persecuciones impuestos durante los últimos meses de la dictadura militar, su fuerza represiva y accionar estaban limitados. Argentina avanzaba próxima a elecciones que permitirían, para el mes de octubre de 1983 imponer un gobierno democrático, un periodo que afortunadamente sigue hasta nuestros días.

La Asamblea Constitutiva de la SAREM tuvo lugar el 27 de junio de 1983 en un aula de la cátedra de Microbiología de la Facultad de Medicina, dentro de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Contó con la participación de 27 personas que constituyeron la SAREM, cuya primera Comisión Directiva fue: Osvaldo A. Reig, como presidente; Julio R. Contreras, como vicepresidente; y Fernando O. Kravetz, como secretario; también integran esta primera Comisión Directiva Martha Piantanida, Susana Merani, Jaime Polop, Gloria de Villafañe, Elio Massoia, Juan Carlos Bianchini, Enrique Crespo, Ricardo Ojeda, Rubén Barquez y Adriana Kajon. El 5 de agosto de ese mismo año, en el Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, se realizó el acto inaugural de las actividades de SAREM, con el nombramiento de los primeros tres miembros honorarios de la Sociedad (Jorge Crespo, Oliver Pearson y Claes Olrog).

A partir de entonces, los mastozoólogos argentinos pudieron nuclearse en una asociación de intereses afines, cuyos propósitos eran fomentar los estudios de la mastozoología, realizar actividades culturales y académicas, publicaciones y reuniones científicas, además de facilitar a los investigadores el acceso a publicaciones, colecciones y asesoramientos, entre otros objetivos definidos en diversas oportunidades. Como parte del funcionamiento de la SAREM, se crearon al inicio cuatro comisiones: 1. Actividades científicas; 2. Prensa, difusión y relaciones públicas; 3. Conservación y manejo de colecciones sistemáticas; y 4. Conservación y manejo de fauna. Estas comisiones persisten actualmente, aunque sus nombres han cambiado y en el camino se han creado otras nuevas, acorde con las necesidades que han surgido.

Las Jornadas Argentinas de Mastozoología

Desde sus inicios, la SAREM impulsó el desarrollo de reuniones académicas mensuales, que comenzaron en septiembre de 1983 y se realizaban en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, o en el Museo Argentino de Ciencias Naturales. Estas reuniones, por lo general, estaban restringidas a unas pocas charlas plenarias o conferencias que tenían como objetivo resumir el estado de conocimiento de alguna temática o grupo sistemático.

Las reuniones, más bien locales, no eran suficientes para satisfacer adecuadamente las necesidades de conocimientos mastozoológicos que estaban apareciendo a lo largo del país. En consecuencia, se tomó la decisión de dar paso a reuniones más amplias, lo cual llevó a la primera reunión científica nacional, bajo el nombre de Jornadas Argentinas de Mastozoología (JAM). La primera de ellas, se realizó en septiembre de 1985 en la ciudad de Mendoza. A partir de entonces, se han llevado a cabo de forma ininterrumpida, excepto en 1992.

En el mes de junio de 1990, las VI Jornadas de Mastozoología albergaron de manera conjunta la reunión de la American Society of Mammalogists (ASM), un evento que por primera vez se llevaba a cabo en Sudamérica. En dos oportunidades, las JAM fueron reemplazadas por eventos mastozoológicos de diferente magnitud, en 2006, con motivo del I Congreso Sudamericano de Mastozoología, organizado de manera conjunta por las sociedades de Brasil, Bolivia y

PROPUESTA DE CREACION DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE MASTOZOLOGIA

Los abajo firmantes, concientes de la necesidad de promover el desarrollo de la Mastozoología en la Argentina, manifestamos nuestra voluntad de constituir la Asociación Argentina de Mastozoología, con los siguientes objetivos mínimos:

- 1) Favorecer la coordinación de los estudios de mastozoología.
- 2) Favorecer y promover el desarrollo de una mejor formación de jóvenes investigadores en el tema.
- 3) Establecer nexos con otros organismos y grupos de investigadores latinoamericanos no argentinos a fin de constituir una Sociedad Latinoamericana de Mastozoología que sienta las bases para un mejor y más completo conocimiento de la mastofauna neotropical.
- 4) Promover actividades de extensión y especialización mastozoológica, en particular el dictado de cursos de posgrado.
- 5) Contribuir a resolver los problemas mayores de la actividad mastozoológica, en especial aquellos de carácter operativo (colecciones, tipos, bibliografía, facilidades de publicación, viajes, etc.).
- 6) Canalizar el asesoramiento mastozoológico en proyectos de desarrollo regional o que afectan a la conservación de las especies autóctonas.

A tal fin se comisiona a los Dres. Julio Contreras, Susana Merani y Fernando O. Kravetz a realizar las gestiones que correspondan ante quienes fuere pertinente, a fin de avanzar en el cumplimiento de los objetivos planteados y constituir formalmente la Asociación Argentina de Mastozoología en una reunión a realizarse en lugar a determinar durante el año 1983.

Buenos Aires, 18 de noviembre de 1982

Figura 3. Escrito fundacional de la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM).

Argentina; y en 2009, debido a la realización en Argentina del 10th International Mammalogical Congress (IMC 10), impulsado por el grupo de Mendoza liderado por Ricardo Ojeda. En noviembre de 2012, las XXV JAM realizadas en la ciudad de Buenos Aires, fueron realizadas de manera conjunta con II Congreso Latinoamericano de Mastozoología.

De forma sorprendente y a pesar de la relativamente baja población de profesionales de la mastozoología en Argentina, casi todas las JAM han tenido una masiva participación de inscriptos y por lo general se ha presentado un alto número de comunicaciones. Es un evento que convoca tanto a estudiantes interesados en el estudio de los mamíferos, como a colegas de otros países del mundo, principalmente latinoamericanos. En una de las reuniones, la XIII, realizada en 1998 en Puerto Iguazú, provincia de Misiones, se alcanzó la participación de más de mil inscriptos, con una presencia numerosa de los colegas de Brasil.

De este modo, uno de los objetivos fundacionales no solo que se ha sido cumplido exitosamente, sino que inclusive ha superado sobradamente las expectativas originales.

En la actualidad, con el advenimiento de diversas Asociaciones Sudamericanas de Mastozoología, el flujo de colegas entre países y reuniones es promisorio; de este modo, se ha fortalecido el desarrollo de una mastozoología regional latinoamericana, que se consolida cada día más.

La vieja y original ambición de los fundadores de la SAREM empezó a convertirse en realidad con el proyecto que nació en Mendoza, durante el IMC 10, al constituir la Red Latinoamericana de Mastozoología (RELAM), el 12 de agosto de 2009 como resultado de una reunión de Sociedades Latinoamericanas de Mastozoología que fue organizada por la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM) y por la Asociación Boliviana de Investigadores en Mamíferos (ABIMA). Dicha reunión contó con la participación de 46 miembros de varias sociedades y países, los miembros fundadores, de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala, México, Panamá, Perú y Venezuela. En este acto se designó a Mónica Díaz como presidenta de una Comisión *Ad hoc*, dedicada a dar forma y funcionamiento a la nueva asociación.

Las publicaciones de la SAREM

En septiembre de 1983, la SAREM publicó su primer documento serial denominado *Boletín Informativo*, cuya finalidad era la de dar a conocer sobre las actividades desarrolladas por sus miembros y novedades mastozoológicas, con énfasis en el contenido de las reuniones académicas mensuales, congresos, cursos, reseñas de libros, noticias sobre la mastozoología. Por lo general, el contenido informativo de los boletines resultaba atractivo, además de informativo. Sintetizaba acontecimientos del quehacer profesional en toda América (América del Norte incluida). Algunos artículos destacados fueron: la noticia aparecida en octubre de 1983, cuando anunciaba que Osvaldo Reig, en ese momento presidente de la SAREM, también se había constituido como presidente de la SOLATER (Sociedad Latinoamericana de Teriología), creada el 13 de octubre de 1983 en Arequipa, Perú, durante el IX Congreso Latinoamericano de Zoología. En noviembre de ese mismo año, se redacta en Bogotá una declaración de propósitos, cuyo objetivo primordial era fomentar y organizar el estudio de los mamíferos en toda la región y actuar como enlace entre las organizaciones dedicadas a su estudio. Así, en 1984, el segundo boletín de SAREM informó que la SOLATER había comenzado sus acciones para publicar una revista de la sociedad, que llevaría el nombre de algún género de mamíferos típico de la región, como *Marmosa*, *Carollia* o *Tamandua*. En 1985 se presentó el nombre formal de la revista anunciándola como *Marmosiana*, *Acta Theriologica Latinoamericana*, de la cual Osvaldo Reig sería su editor y Magaly Ojeda la secretaria, cuyo primer número sería publicado en Buenos Aires, durante el segundo semestre de 1986.

Sin embargo, por diferentes circunstancias, este proyecto no pudo realizarse en los tiempos predichos, de modo que el primer número de *Marmosiana* apareció apenas en 1995, cuando Osvaldo Reig ya había fallecido. Este primer número editado en Caracas por Marisol Aguilera, Magaly Ojeda y Emilio A. Herrera, fue el único publicado de *Marmosiana*. El material que incluyó esta publicación provenía en su mayor parte de los simposios realizados durante el Primer Congreso Latinoamericano

de Teriología (I COLATER), llevado a cabo en 1992 en Venezuela y organizado por la Asociación Venezolana para el Estudio de los Mamíferos (ASOVEM), que fuera pionera, junto con la SAREM, de todas las sociedades latinoamericanas.

Para 1984, los boletines de la SAREM anunciaban el proyecto *Mamíferos Sudamericanos*, coordinado por Sydney Anderson, Alfred L. Gardner y James L. Patton, cuyo objetivo era ampliar y actualizar el catálogo de Ángel Cabrera, organizado para ser publicado en tres tomos. Hasta el presente, sólo uno de ellos, que debía haberse publicado en 1985, vio la luz en 2008 (Gardner, 2008).

Con el transcurso del tiempo, el *Boletín Informativo* de la SAREM resultaba insuficiente como órgano de difusión científica para una sociedad en crecimiento, de manera que en 1993, impulsada por Ricardo A. Ojeda, nació *Mastozoología Neotropical*, con dos números por año. El primer número, aunque fechado en enero de 1994, fue anunciado a los socios durante las VIII Jornadas Argentinas de Mastozoología, realizadas en Bariloche, en diciembre de 1993, como broche de oro para la finalización del mandato presidencial de Ricardo Ojeda, fundador de la revista. Los editores de *Mastozoología Neotropical* han sido, desde entonces y en orden cronológico, Ricardo Ojeda, Carlos Borghi, Rubén Barquez y Ulyses Pardiñas.

Adicionalmente, la SAREM ha publicado tres versiones del *Libro Rojo*, el primero *Libro Rojo de mamíferos y aves amenazados de la Argentina*, fue publicado en 1997 en asociación con otras organizaciones, como la Fundación para la Conservación de las Especies y el Medio Ambiente (FUCEMA) y la Asociación Ornitológica del Plata (AOP); un trabajo compilado por Rosendo M. Fraga y Román J. Baigún (aves) y Ricardo A. Ojeda y Gabriela B. Díaz (mamíferos). Posteriormente, en 2000 se publicó el *Libro Rojo de los mamíferos amenazados de la Argentina*, compilado nuevamente por Díaz y Ojeda; en la tercera edición de esta obra, en 2012, se agregó a Verónica Chillo como editora. Estas publicaciones han sido el resultado del aporte de muchos especialistas, principalmente locales. La última versión ha contado con la colaboración de 70 autores.

En 1997, Rubén Barquez creó la serie *Mastozoología Neotropical, Publicaciones Especiales*, con el primer número referido a un viaje realizado a la región chaqueña de Argentina y Bolivia por el famoso naturalista Emilio Budin, entre 1906 y 1907. Más tarde, en 2006 se publicó *Mamíferos de Argentina, sistemática y distribución*, editado por Rubén Barquez, Mónica Díaz y Ricardo Ojeda, con el objetivo de presentar la visión de los colegas locales sobre el estado sistemático y distribucional de los mamíferos de la Argentina, obra en la cual participaron 34 autores relacionados con el estudio de cada uno de los grupos sistemáticos tratados.

En este periodo, también han aparecido otras publicaciones que han discontinuado, como fueron un boletín de conservación y un par de directorios de miembros.

La SAREM ha tenido desde su creación y hasta el presente 13 presidentes (Tabla 1), de los cuales cuatro (Osvaldo Reig, Virgilio Roig, Susana Merani y Mónica Díaz) han presidido a la sociedad en dos oportunidades. Originalmente tres profesionales fueron nombrados miembros honorarios (Jorge Crespo, Oliver Pearson y Claes Olrog) y desde entonces se agregaron Rosendo Pascual, Susana Merani, Virgilio Roig, Fernando Kravetz y Elio Massoia.

GRUPOS ACTUALES DE MASTOZOLOGÍA EN ARGENTINA

La aparición de la SAREM en el escenario científico nacional, a pesar de sus temporales fluctuaciones, ha sido determinante para el nacimiento y consolidación de varios y diversos grupos de investigadores; de modo que desde entonces hasta la actualidad, es posible reconocer a muchos grupos de los cuales solo mencionaremos algunos, a modo de ejemplo, sin menoscabo de otros más pequeños o en formación, que van surgiendo aceleradamente, o de algunos cuya vinculación con la mastozoología es ocasional o secundaria.

El impacto de las actividades impulsadas por la SAREM, especialmente la difusión mediante publicaciones, un foro de correo electrónico, las jornadas anuales y la interacción con otras sociedades y colegas del continente, han influido decididamente en la incorporación de jóvenes estudiantes a las filas de la mastozoología en Argentina. De este modo, se han generado, constituido y fortalecido diversos grupos de investigación en todo el país. Originalmente, la influencia de algunos mastozoólogos extranjeros

favoreció el surgimiento de discípulos argentinos quienes, con el advenimiento de una sociedad nucleante como la SAREM, dejaron de ser investigadores aislados para desarrollar sus propios estudios sobre mamíferos y transformarse en líderes de grupos de investigación, que con el tiempo se hicieron pujantes en toda Argentina. Actualmente, se reconocen varios grupos cuyo objeto primario de estudio son los mamíferos y se pueden mencionar a algunos de ellos: la Asociación para la Conservación y el Estudio de la Naturaleza (ACEN), de Buenos Aires; el Grupo de Ecología Comportamental de Mamíferos (GECM), de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca; el Grupo de Investigaciones de la Biodiversidad (GIB), de Mendoza; el Grupo de Investigación en Biología Evolutiva (GIBE), de la Universidad Nacional de Buenos Aires; el Grupo de Investigaciones en Ecología de Poblaciones (GIEP), de la Universidad Nacional de Río Cuarto, Córdoba; el Grupo Capibara, de la Facultad de Ciencias Veterinarias, de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe; el Grupo de Ecología de Roedores Urbanos, de la Universidad Nacional de Buenos Aires; el Centro Nacional Patagónico (CENPAT), con sus unidades de investigación: Diversidad, Sistemática y Evolución en Mamíferos y el Laboratorio de Mamíferos Marinos, de Chubut; el Grupo de Investigación de Ecología costera y biodeterioro, de la Universidad Nacional de Mar del Plata; el Grupo de Investigación de Ecología Fisiológica y del Comportamiento, de la Universidad Nacional de Mar del Plata; la Asociación para el estudio y la conservación de la biodiversidad (HUELLAS), de Bahía Blanca; el Laboratorio de Ecología Molecular del Centro Regional de Estudios Genómicos (CREG), de la Universidad Nacional de La Plata; el Programa de Conservación de los Murciélagos de Argentina (PCMA), con sede en Tucumán y varias delegaciones de alcance nacional; el Programa de Investigaciones de Biodiversidad Argentina (PIDBA), de la Universidad Nacional de Tucumán; el Laboratorio de Sistemática y Biología Evolutiva (LASBE), de la Universidad Nacional de La Plata, la Red Yaguareté, con delegaciones en Salta, Buenos Aires, Chaco y Misiones, entre otros.

Además, existen grupos multidisciplinarios que sin ser de mastozoología, incluyen a los mamíferos en algunos de sus proyectos; por ejemplo, los grupos de investigaciones del Centro Austral de Investigaciones Científicas (CADIC), con sede en Ushuaia, Tierra del Fuego; la cátedra de Genética de Poblaciones y Evolución de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Universidad Nacional de Córdoba; el Centro de Ecología Aplicada del Neuquén (CEAN); el Centro de Ecología Aplicada del Litoral (CECOAL); el Centro de Investigaciones del Bosque Atlántico (CeIBA), con sede en Misiones; el departamento de Biología de Predadores Tope, Coordinación de Ciencias de la Vida, del Instituto Antártico Argentino (IAA); el Centro de Ecología y Recursos Naturales Renovables Dr. R. Luti (CERNAR), de la Universidad Nacional de Córdoba; la división de Paleontología de Vertebrados del Museo de La Plata; la Estación Biológica de Corrientes-MACN-CONICET, en Corrientes; la Fundación para la Conservación y Estudio de la Biodiversidad (CEBio); la Fundación de Historia Natural “Félix de Azara”, del Departamento de Ciencias Naturales y Antropológicas de la Universidad Maimónides, Buenos Aires; la Fundación Temaikén, Buenos Aires; el Grupo de Ecología del Paisaje y Medioambiente (GEPAMA), de la Universidad de Buenos Aires; el Grupo de Ecología y Biología de Vertebrados Patagónicos, de la Universidad Nacional de Comahue, Bariloche; el Grupo de Investigación en Genética Aplicada (GIGA), de la Universidad Nacional de Misiones; el Instituto de Bio y Geo Ciencias del NOA (IBIGEON), con sede en Salta; el Instituto de Biología Subtropical (IBS), de la Universidad Nacional de Misiones; el Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras (IIMyC), de la Universidad Nacional de Mar del Plata; el Laboratorio de Anatomía Comparada y Evolución de los Vertebrados, del MACN, de Buenos Aires; el Laboratorio de Biología Cromosómica del Instituto de Investigaciones en Reproducción, de la Facultad de Medicina, en la Universidad de Buenos Aires; el Laboratorio de Investigaciones en Evolución y Biodiversidad (LIEB), de la Universidad Nacional de la Patagonia “San Juan Bosco”, en Chubut; el Laboratorio Ecotono, de la Universidad Nacional del Comahue, en Río Negro; el Instituto de Biología de la Altura (INBIAL), de la Universidad Nacional de Jujuy, entre otros.

Finalmente, es destacable mencionar el aporte de los grupos que trabajan con parásitos de mamíferos y que son participantes activos en las reuniones anuales de la SAREM, como el Centro de Estudios Parasitológicos y de Vectores (CEPAVE), de La Plata; el Instituto Superior de Entomología “Dr.

Tabla 1. Listado de presidentes y vicepresidentes de la Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM).

Periodo	Presidente	Vicepresidente
1983–1984	Oswaldo A. Reig	Julio R. Contreras
1984–1985	Oswaldo A. Reig	Virgilio G. Roig
1985–1986	Virgilio G. Roig	Marta Sabattini
1986–1987	Susana Merani	Fernando Kravetz
1987–1989	Susana Merani	Marta Mudry
1989–1991	Fernando Kravetz	Jaime Polop
1991–1993	Ricardo A. Ojeda	J. Adrián Monjeau
1993–1995	Rubén M. Barquez	Ricardo A. Ojeda
1995–1997	Alfredo Reca	Rubén M. Barquez
1997–1999	Virgilio G. Roig	Jaime Polop
1999–2001	Jaime Polop	Noemí Gardenal
2001–2003	Noemí Gardenal	Carlos Borghi
2003–2005	Carlos Borghi	María Busch
2005–2007	Ulyses Pardiñas	Graciela Navone
2007–2009	M. Mónica Díaz	Mariano Merino
2009–2011	M. Mónica Díaz	Mariano Merino
2011–2013	Mariano Merino	David A. Flores

Abraham Willink” (INSUE), de Tucumán; el Laboratorio de Biología de Parásitos, de la Universidad Nacional del Nordeste, en Corrientes; el Instituto Nacional de Enfermedades Virales Humanas “Dr. Julio I. Maiztegui” (INEVH); la Administración Nacional de Laboratorios e Institutos de Salud “Dr. Carlos G. Malbrán” (ANLIS), de Pergamino, Buenos Aires; el Laboratorio de Zoonosis Parasitarias (FCEyN, UNMdP-CONICET), de Mar del Plata; el Laboratorio de Eco-Epidemiología (FCEN, UBA), entre otros.

No se puede excluir la importancia de los grupos que manejan colecciones sistemáticas en Argentina, especialmente, porque su desarrollo ha tenido una conciencia de preservación de las colecciones nacionales, luego de muchos años durante los cuales los ejemplares colectados en Argentina eran llevados al exterior, para ser depositados en museos extranjeros. Hasta hace poco tiempo, la Argentina tenía un limitado número de colecciones sistemáticas que incluían una cantidad baja de ejemplares, con poca representatividad sistemática y geográfica. Esta situación era derivada de una desatención oficial por muchos años, antes de la etapa de la SAREM, tiempo en que cada colección era solamente el fruto de esfuerzos personales limitados, que impedía un proceso curatorial adecuado. Con bastante frecuencia, el argumento esgrimido ha sido la falta de atención del patrimonio nacional, justificativo empleado tanto por investigadores locales como por coleccionistas foráneos, situación que justificaba el llevar las colecciones a museos extranjeros, bajo el pretexto de que los ejemplares iban a ser bien preservados. Este argumento no era totalmente desacertado. Aunque muchas de las políticas implementadas en las últimas dos décadas en algo han favorecido el mejoramiento de las colecciones de mamíferos en Argentina, todavía no existe una política nacional sobre responsabilidad oficial de las colecciones; por lo cual, algunas todavía se mantienen y crecen bajo el esfuerzo personal de sus curadores, con falta de elementos, mobiliario, personal y presupues-

tos adecuados. Sin embargo, políticas recientes favorecen la adquisición de elementos destinados a una mejor preservación de las colecciones, como también una mejora en la oferta de subsidios para investigaciones, lo cual ha permitido subsanar algunos problemas de antaño. Recientemente se ha observado el surgimiento de nuevas colecciones y el mejoramiento de las existentes, con la incorporación de profesionales capacitados que han asumido el rol de curadores.

Entre los museos argentinos que poseen una mayor cantidad de ejemplares, destacan la colección mastozoológica del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” (MACN-Ma), de Buenos Aires; la Colección de Mamíferos Lillo (CML), de la Universidad Nacional de Tucumán y la Fundación Miguel Lillo, en Tucumán; y la colección de mamíferos del Instituto Argentino de Investigaciones de las Zonas Áridas (IADIZA), de Mendoza.

La colección del MACN fue creada en 1892. Cuenta con más de 23 000 ejemplares catalogados, entre ellos incluye 29 ejemplares tipo (Varela *et al.*, 2010). Grandes personajes de la mastozoología argentina estuvieron a cargo de dicha colección, como se mencionó anteriormente. Además, muchos colectores de prestigio depositaron allí parte de sus ejemplares. En la Colección de Mamíferos Lillo (CML), aunque los primeros registros datan de 1938, con ejemplares adquiridos por la Universidad Nacional de Tucumán, su mayor crecimiento se produjo avanzada la década de 1960 y hasta el presente, mediante el aporte de naturalistas y profesionales nacionales y extranjeros; en los últimos 30 años, el mayor crecimiento de esta colección ha sido consecuencia de los proyectos desarrollados por el Programa de Investigaciones de Biodiversidad Argentina (PIDBA). Actualmente, la CML cuenta con más de 10 000 ejemplares, entre ellos 25 holotipos y paratipos. La CML fue la primera y, hasta hace poco tiempo, la única colección de Sudamérica en ser acreditada por la American Society of Mammalogists. La colección cuenta con un sistema moderno de curación, que incluye secciones de anexos, parásitos, tejidos y documentos especiales relacionados con las colecciones. La colección de mamíferos del IADIZA, de la ciudad de Mendoza, alberga unos 6 000 ejemplares catalogados, con buena representación de especies de las zonas áridas de Argentina, en particular roedores, entre ellos tres tipos.

Otra colección mastozoológica destacada en la Argentina se encuentra en el Centro Nacional Patagónico (CENPAT), ubicada en la ciudad de Puerto Madryn, Chubut, que ha tenido un crecimiento notable en los últimos años; su colección de mamíferos marinos comprende más de 1 000 restos óseos provenientes de las costas patagónicas y de Buenos Aires, colectados desde 1972 por el Laboratorio de Mamíferos Marinos del CENPAT. La colección de mamíferos terrestres incluye unos 4 000 especímenes, principalmente roedores de la Patagonia, y un importante número de tejidos conservados en alcohol; la colección cuenta con holotipos y paratipos de especies recientemente descritas, como también una importante serie de topotipos.

La colección de mamíferos marinos del Museo Acatashún, de Tierra del Fuego, originada por Natalie Goodall, en la célebre Estancia Harberton de Tierra del Fuego. El museo fue inaugurado en 2001 con el objetivo de promover las investigaciones de biología básica y patología de mamíferos marinos, especialmente de la parte sur de Argentina. La colección incluye más de 2 200 especímenes, principalmente delfines colectados luego de encontrarse muertos en las playas. Esta colección de esqueletos de cetáceos es reconocida como una de las más completas del mundo, especialmente formada con especies del extremo sur de Sudamérica.

Otras provincias que albergan colecciones mastozoológicas son: las colecciones del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Profesor Juan Cornelio Moyano” (MJCM) y del Museo de Historia Natural de San Rafael, en Mendoza. La provincia de Santa Fe tiene el Museo Provincial de Ciencias Naturales “Florentino Ameghino”, en funcionamiento desde 1914, en la ciudad Santa Fe, misma que desde 1977 incluye las colecciones del antiguo Gabinete de Ciencias Naturales del Colegio Inmaculada Concepción, creado en 1898 (Pautasso, 2008). Otro museo dentro de la provincia de Santa Fe, pero en la ciudad de Rosario, es el Museo Provincial de Ciencias Naturales “Ángel Gallardo”, fundado en 1945, colección que en 2003 sufrió un importante incendio que produjo la pérdida de casi el 80 % de sus colecciones.

En la provincia de Buenos Aires existen otras tres colecciones de mamíferos, una en la ciudad de La Plata (Museo de La Plata, con aproximadamente 5 000 ejemplares), otra en Mar del

Plata (Museo Municipal de Ciencias Naturales “Lorenzo Scaglia”, con unos 3 000 ejemplares), y la tercera en Capital Federal (Colección de la Fundación Félix de Azara).

Las colecciones de la Fundación Félix de Azara son recientes y se iniciaron a partir de 429 piezas que conformaban la colección particular de Adrián Giacchino, miembro fundador y primer director de la institución, entre las cuales se encontraban solo cuatro mamíferos. En 2006, la familia de Elio Massoia donó a la Fundación Félix de Azara la colección acumulada por este a lo largo de su vida, lo cual posicionó a esta colección como una de las más importantes del país en cuanto a representatividad, no solo sistemática y geográfica, sino también por el valor que tiene de haber sido el fruto de las investigaciones de Elio Massoia a lo largo de su vida. Actualmente se han sumado a esta institución las colecciones de los especialistas en mamíferos marinos Hugo Castello y Marcela Junín, además, las del fallecido naturalista Juan Carlos Chebez; por lo cual, esta colección ha pasado a ser, en número, una de las más abundantes del país, con 12 865 ejemplares (Giacchino y Bogan, 2012).

La provincia de Córdoba cuenta con la colección biológica del Centro de Ecología y Recursos Naturales Renovables “Dr. R. Luti” (CERNAR), cuya sección de vertebrados se ubica en el Museo de Zoología de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de Córdoba. Posee 1 248 mamíferos colectados principalmente dentro de los límites geográficos de la provincia. También en Córdoba se encuentra la colección de la Universidad Nacional de Río Cuarto, la cual contiene unos 2 000 ejemplares de roedores.

Finalmente, en el resto de las provincias argentinas se pueden encontrar algunos museos pequeños, sea en cátedras de universidades o institutos que poseen algunos especímenes de mamíferos, como resultado de investigaciones puntuales; por ejemplo, en la ciudad de Santa Rosa, provincia de La Pampa se encuentran tres colecciones, las de la cátedra de Zoología de Cordados, del Departamento de Ciencias Naturales, en la Universidad Nacional de La Pampa; la colección de mamíferos del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas de La Pampa, y la colección del Museo Provincial de La Pampa (MPLP). Lo mismo sucede en las provincias de Entre Ríos, con su Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Profesor Antonio A. Serrano” (CMCNA), en la ciudad de Paraná; en Misiones, con el Museo de Ciencias Naturales y Centro de Investigaciones (MCNCI); y en Salta, con el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Salta.

PALABRAS FINALES

Desde los orígenes de las investigaciones biológicas en Argentina, la mastozoología ha estado subsumida en otras ciencias, sin alcanzar identidad propia hasta recién avanzado el siglo XX, especialmente con el nacimiento de una asociación que vino a constituirse en impulsora del desarrollo de estudios particulares sobre los mamíferos del país. El nacimiento de la SAREM vino a convocar a profesionales que hasta entonces trabajaban de manera aislada y distante. Ha propuesto un nuevo escenario para el desarrollo de la especialidad y áreas anexas, como museos, colecciones, laboratorios y carreras universitarias, además del surgimiento de un importante número de grupos de especialistas dedicados al estudio de las especies y su conservación.

La SAREM puede considerarse como la asociación madre de los mastozoólogos de Argentina, sin menoscabo de que algunos de ellos se sientan mejor identificados con otras sociedades científicas del país que reúnen a profesionales dedicados a temáticas particulares como ecología, parasitología, paleontología o cladística, mientras los mamíferos se interpretan como objeto circunstancial de sus estudios. Sin embargo, sin menoscabo de la amplia convocatoria de todas estas sociedades adicionales, la mastozoología como ciencia es fuertemente convocante. Ha alcanzado un índice alto de participación y asistentes a sus jornadas anuales, como también una activa contribución con manuscritos en revistas, tanto locales como internacionales.

Respecto a este aspecto puntual de las publicaciones, en la actualidad, algunos criterios evaluativos empleados por los organismos de ciencia y tecnología de la Argentina no son favorables al desarrollo interno de revistas y publicaciones, pues más bien han fomentado la emigración de los resultados para la publicación en fuentes foráneas en otros idiomas. Aunque este criterio es aplicado como si fuera sinóni-

mo de excelencia, muchos organismos extranjeros ya están saturados de publicaciones y la calidad comienza a disminuir, lo cual ha dado prioridad al volumen de producción más que a la calidad de la misma. Este “pequeño detalle” actúa fuertemente en desmedro del crecimiento nacional, dificulta el acceso de estudiantes e investigadores a esa información, mayormente paga, e impacta además sobre una negativa de investigadores jóvenes y estudiantes para publicar sus resultados en las revistas locales. Esto resulta en un enorme sacrificio de la SAREM para mantener al día la revista *Mastozoología Neotropical*, a pesar de que el criterio de todas las Comisiones Directivas ha sido mantener a este medio de difusión como un servicio gratuito para el crecimiento de la mastozoología en el país. Entendemos que la mastozoología argentina ha sido inspiradora para otros países de América Latina, tanto que en apenas 30 años ha logrado “contagiar” a muchos colegas que han formado sus propias sociedades nacionales, hasta el extremo de que hoy en día se ha consolidado una red de sociedades latinoamericanas.

Sin duda alguna, en esta revisión de la historia de la mastozoología en Argentina hemos olvidado mencionar a muchas personas de manera involuntaria. El intento de resumir esta ciencia supera la intención de justicia absoluta. Creemos que aún con negligencia impresa hemos incluido en nuestro espíritu a todos aquellos que han hecho y que seguirán haciendo para consolidar aún más el conocimiento de los mamíferos de Argentina, para mirar al futuro las necesidades de conservación de los mamíferos, tan sometidos a presiones antrópicas y ambientales que hacen peligrar la supervivencia de muchas especies.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a los miembros del Programa de Investigaciones de Biodiversidad Argentina (PIDBA), por su apoyo, charlas y discusiones. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), nuestro empleador y principal organismo de ciencias en Argentina; a la Universidad Nacional de Tucumán y la Fundación Miguel Lillo, por el apoyo para realizar nuestras investigaciones. Un especial aprecio y agradecimiento a Jorge Ortega y José Luis Martínez por invitarnos a participar en este libro, pero destacadamente por su paciencia para esperar por nuestro escrito.

LITERATURA CITADA

- AGUILAR HA. 2002. Reseña biográfica de Florián Paucke y la importancia de su iconografía. Historia y pastoral, Buenos Aires. En línea: <<http://historiaypastoral.blogspot.com.ar/2008/08/reseña-biografica-de-florian-paucke-y-la.html>>.
- AGUILAR HA. 2005. Historia natural del Gran Chaco. Reseña sobre misiones y exploradores del siglo XIX. Pp. 519–529, en: Temas de Naturaleza y Conservación (AG Di Giacomo y SF Krapovickas, eds.). Historia natural y paisaje de la Reserva El Bagual, Formosa, Argentina. Monografía de Aves Argentinas N° 4 y Asociación Ornitológica del Plata, Buenos Aires.
- AGUILAR HA. 2009a. Apuntes de historia natural: Carlos Germán Burmeister (1807–1892). Boletín Biológica 14:3–6.
- AGUILAR HA. 2009b. Apuntes de historia natural: El naturalista Jorge Luis Fontana. Boletín Biológica 11:4–6.
- AGUILAR HA. 2010a. José Jolís y su “Historia del Gran Chaco”. El Carnotaurus, Boletín del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” 11(114):6.
- AGUILAR HA. 2010b. Semblanza biográfica de Félix de Azara. Boletín Biológica 15:7–10.
- AGUILAR HA. 2010c. Apuntes de historia natural: Alcide d’Orbigny, su viaje a la América Meridional “sólo para saber más”. Boletín Biológica 17:21–24.
- AGUILAR HA. 2010d. Apuntes de historia natural: Victor Martin de Moussy. La Argentina se muestra al mundo. Boletín Biológica 16:29–32.
- AGUILAR HA. 2010e. Apuntes de historia natural: El Perito Moreno. Boletín Biológica 18:22–25.
- AGUILAR HA. 2011. Apuntes de historia natural: Los misioneros jesuitas y su relación con la naturaleza sudamericana. Boletín Biológica 21:21–26.
- AGUILAR HA. 2012. Francisco Javier Muñiz: una vida por la ciencia. Boletín Biológica 23:34–37.

- AGUIRRE-URRETA B y HH CAMACHO. 2011. Martín Doello Jurado y la enseñanza de la Paleontología en la Universidad de Buenos Aires. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 68:329–336.
- ATHOR J. 2011. Palabra de antaño: Ángel Cabrera y Latorre. Los que se van. En línea: <<http://www.losquesevan.com/palabras-de-antano-angel-cabrera-y-latorre.830c>>.
- AZARA F DE. 1801. *Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la province de Paraguay*. Tomos I y II. Charles Pougens, París.
- AZARA F DE. 1802. *Apuntamientos sobre la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*. Tomos I y II. Imprenta de la viuda de Ibarra, Madrid.
- AZARA F DE. 1850 [1982]. *Viajes por la América del Sur de don Félix de Azara, comandante de la Comisión de Límites española en la sección del Paraguay, desde 1789 hasta 1801*. Facultad de Humanidades y Ciencias, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de la República y Biblioteca de Impresos Ratos Americanos, Montevideo.
- BABINI J. 1954. *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*. Ediciones La Fragua, Buenos Aires.
- BARCAT JA. 2009. Francisco Javier Muñiz y Charles Darwin: Tres cartas. *Medicina (Buenos Aires)* 69:279–284.
- BARQUEZ RM. 1997. *Viajes de Emilio Budin: la expedición al Chaco, 1906–1907*. Mastozoología Neotropical, Publicaciones Especiales 1:1–82.
- BARQUEZ RM, MM DÍAZ y RA OJEDA (eds.). 2006. *Los mamíferos de Argentina: sistemática y distribución*. Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM), Mendoza.
- BOCCIA ROMAÑACH A. 2001. El polifacético Aimé Bonpland. *Serie Técnica y Didáctica* 1:1–14.
- BROWNE J. 2009. Charles Darwin. El poder del lugar. Una biografía. Volumen II. Universitat de Valencia, Valencia, España.
- BUNGE M. 1998. El biólogo itinerante. Pp. 87–93, *en*: *Elogio de la curiosidad (M Bunge)*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- BURMEISTER H. 1876–1886. *Description physique de la République Argentine d'après des observations personnelles et étrangères*. Imprimerie de Paul-Émile Coni y F. Savy, Buenos Aires y París.
- CABRERA Á. 1947. Zoogeografía: Introducción, la fauna de los bosques y de las llanuras. Pp. 347–411, *en*: *Geografía de la República Argentina*, Tomo VIII. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, GAEA y Editorial Coni, Buenos Aires.
- CABRERA Á. 1949. La zoología en la Edad Media y el descubrimiento del Nuevo Mundo. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 147:1–17.
- CABRERA Á. 1961 [1960]. Catálogo de los mamíferos de América del Sur. *Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"*, *Ciencias Zoológicas* 4:309–732.
- CABRERA Á y J YEPES. 1940. *Mamíferos Sud Americanos (vida, costumbres y descripción)*. Historia natural. 1a edición. Ediar Ediciones. Buenos Aires.
- CAMACHO HH. 2001. Las ciencias geológicas en la Argentina hasta 1939. *Saber y Tiempo* 12:177–220.
- CAMACHO HH. 2002. Antecedentes históricos de la formación de los primeros geólogos argentinos. *Serie Técnica y Didáctica* 2:1–8.
- CHEBEZ JC. 1994. *Los que se van: especies argentinas en extinción*. Editorial Albatros, Buenos Aires.
- CHEBEZ JC y B GASPARRI. 2008a. *Excursiones bonaerenses por Eduardo Ladilao Holmberg. Una excursión por el río Luján, un viaje a la Sierra de Tandil y de la Tinta y otro a la Sierra de Curá-Malal (Ventana)*. Editorial Albatros y Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Buenos Aires.
- CHEBEZ JC y B GASPARRI. 2008b. *Primer y segundo viaje a Misiones: exploraciones de su flora y fauna, las costumbres de los obrajeros, los yerbateros y los primeros colonos de esa privilegiada región*. Editorial Albatros y Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Buenos Aires.

- CONTRERAS J y A GIACCHINO. 2001. La influencia de Osvaldo A. Reig en la Zoología de vertebrados de la Argentina hacia mediados del siglo XX. *Ágora Filosófica, Revista Marplatense de Filosofía*, 2:57–78.
- CONTRERAS R. 1995. La flora de América en la historia general y natural de las Indias, de Gonzalo Fernández de Oviedo, y La Apologética historia, de fray Bartolomé de Las Casas. Cuaderno de la Historia Moderna, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid 16:157–178.
- CUVIER G. 1796. Notice sur le squelette d'une très grande espèce de quadrupède inconnue jusqu'à présent, trouvé au Paraguay, et déposé au cabinet d'histoire naturelle de Madrid. *Magasin Encyclopédique, ou Journal des Sciences, des Lettres et des Arts* 1:303–310; 2:227–228.
- DE ASÚA M. 2010. La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de La Plata 1800–1820. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- DE LA TORRE L. 1966. New bats of the genus *Sturnira* (Phyllostomidae) from the Amazonian lowlands of Peru and the Windward Islands, West Indies. *Proceedings of the Biological Society of Washington* 79:267–272.
- DE MOUSSY VM. 2005. Descripción geográfica y estadística de la Confederación Argentina. Tomos I, II y III. Academia Nacional de la Historia y Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires.
- DE SANTA CRUZ A. 1918. Islario general de todas las islas del mundo. Imprenta Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares. Caracas y Madrid.
- DIAZ GB y RA OJEDA (eds.). 2000. Libro Rojo de los mamíferos amenazados de la Argentina. Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos, Tucumán.
- DOBRIZHOFFER M. 1784 [1967]. Historia de Abiponibus. Tomos I, II y III. Traducción al español "Historia de los Abipones". Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Noroeste, Resistencia, Argentina.
- DÖERING A, C BERG y EL HOLMBERG. 1881. Zoología. Pp. 1–168, en: Informe oficial de la Comisión científica agregada al Estado Mayor General de la expedición al río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879, bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca. Entrega I, Buenos Aires.
- D'ORBIGNY A. 1998. Viaje por la América Meridional I. 1ª edición. Emecé, Buenos Aires.
- D'ORBIGNY A. 1999. Viaje por la América Meridional II. 1ª edición. Emecé, Buenos Aires.
- ESCOLANO GIMÉNEZ LA. 2010. "La isla Española o Santo Domingo" en el Islario general de Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor de Carlos I y Felipe II. *Historias y documentos, Boletín del Archivo General de la Nación* 35(128):25–34.
- FALKNER T. 1774 [1835]. Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional. 1a edición en español. Imprenta del Estado, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO y VALDÉS G. 1526. Sumario de la natural historia de las Indias. Toledo, R. de Petras. Fondo de la Cultura Económica, México DF y Buenos Aires.
- FERNICOLA JC. 2011. Implicancias del conflicto Ameghino-Moreno sobre la colección de mamíferos fósiles realizada por Carlos Ameghino en su primera exploración al río Santa Cruz, Argentina. *Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales* 13:41–57.
- FERNICOLA JC, SF VIZCAÍNO y G DE IULIIS. 2009. The fossil mammals collected by Charles Darwin in South America during his travels on board the HMS Beagle. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 64:147–159.
- FLORES DA. 2012. Colección Nacional de Mastozoología. P. 160, en: El Museo Argentino de Ciencias Naturales, 200 años (PE Penchaszadeh, ed.). Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia", Buenos Aires.
- FONTANA LJ. 1881. El Gran Chaco, descripción geográfica, fauna y flora del noreste argentino. Imprenta de Ostwald y Martínez, Buenos Aires.

- FONTANA P. 2006. Reseña: Eduardo L. Holmberg. Dos partidos en lucha. Fantasía científica. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria 11:1-4.
- GARCÍA FERNÁNDEZ JJ, RA OJEDA, RM FRAGA, GB DIAZ y RJ BAIGÚN (eds.). 1997. Libro Rojo de mamíferos y aves amenazados de la Argentina. Fundación para la Conservación de las Especies y el Medio ambiente y Administración de Parques Nacionales, Buenos Aires.
- GARDNER AL (ed.). 2008 [2007]. Mammals of South America: volumen 1: marsupials, xenarthrans, shrews, and bats. The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- GIACCHINO A y S BOGAN. 2012. Colecciones: Ciencias Naturales y Antropológicas. Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Buenos Aires.
- GIACCHINO A y Y GUROVICH. 2000. El doctor Ángel Cabrera y Latorre (1879-1960). Publicación de la Fundación Félix Azara, Buenos Aires. En línea: <http://www.fundacionazara.org.ar/Artic/Divulgacion/Biografia_angel_cabrera.htm>.
- GIACCHINO A y Y GUROVICH. 2001. Homenaje al doctor Santiago Roth a 150 años de su natalicio. Publicación de la Fundación Félix Azara, Buenos Aires.
- HOLMBERG EL. 1875. Dos partidos en lucha: fantasía científica. Imprenta El Argentino, Buenos Aires.
- HOLMBERG EL. 2008. Expediciones bonaerenses por Eduardo Holmberg. 1a edición. Editorial Albatros, Buenos Aires.
- HUMBOLDT VON A. 1826. Viage á las regiones equinociales del nuevo continente: hecho en 1799 hasta 1804, por Al. de Humboldt y A. Bonpland; continuación indispensable al ensayo político sobre el reino de la Nueva España por el mismo autor. Tomo II. En Casa de Rosa, París.
- JOLÍS J. 1789 [1972]. Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco [traducción al español con el título "Ensayo sobre la historia natural del Gran Chaco"]. Facultad de Humanidades, Instituto de Historia. Resistencia, Argentina.
- MAGNUSSEN SAFFER M. 2009. Santiago Roth. Desarrollo científico y sistemático. Paleo, Boletín Paleontológico, 36:9-11.
- MALASPINA A, J BUSTAMANTE Y GUERRA y P. NOVO Y COLSO. 1885. Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando de los capitanes de navío don Alejandro Malaspina y don José Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794. Impresión de la viuda e hijos de Abienzo, Madrid.
- MARADONA EL. 1936. A través de la selva. Editorial Rústica, Buenos Aires.
- MARES MA. 2009. Personal reflections on the silver anniversary of SAREM. Mastozoología Neotropical 16:5-17.
- MERANI MS. 2010. Veintiocho años: entre sueños y realidades. Mastozoología Neotropical 17:257-261.
- MERINO MM. 2002. Hizo historia: Ángel Cabrera (1879-1960). Revista Ambiana 14:63-64.
- OJEDA RA, V CHILLO y GB DIAZ (eds.). 2012. Libro Rojo de mamíferos amenazados de la Argentina. Sociedad Argentina para el Estudio de los Mamíferos (SAREM), Mendoza.
- OLROG CC, RA OJEDA y RM BARQUEZ. 1976. *Catagonus wagneri* (Rusconi) en el noroeste argentino (Mammalia, Tayassuidae). Neotrópica 22:53-56.
- PARDIÑAS UFJ. 2006. La encrucijada de los mamíferos vivientes y los estudios taxonómicos en la Argentina. Mastozoología Neotropical 13:5-9.
- PARODI R. 1937. Fauna Argentina I. Mamíferos. Peuser, Buenos Aires.
- PASOTTI P. 1981. Biografía del Dr. A. Castellanos. Estudios de Geografía de la provincia de Santa Fe. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Serie Especial 9, Buenos Aires.
- PAUCKE F. 1942. Hacia allá y para acá. Una estada entre los indios mocobíes (1749-1767). Tomo 1(IV). Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- PAUTASSO AA. 2008. Mamíferos de la provincia de Santa Fe, Argentina. Comunicaciones del Museo Provincial de Ciencias Naturales "Florentino Ameghino" (Nueva Serie) 13:1-248.

- PENCHASZADEH PE (ed.). 2012. El Museo Argentino de Ciencias Naturales, 200 años. Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, Buenos Aires.
- PENCHASZADEH PE y M DE ASÚA. 2009. Aimé Bonpland en Sudamérica. Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, Buenos Aires.
- PONSÁ FONTANALS M. 2011. Osvaldo Reig: la vida itinerante de un biólogo. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.
- QUINTANA CA. 2008. Los fósiles de Mar del Plata. Libros del Espinillo, Buenos Aires.
- QUINTANA CA. 2012. Conociendo a nuestros científicos: Osvaldo Alfredo Reig. Universidad de La Punta, San Luis, Argentina.
- RAFFINO RA. 2006. Burmeister, el dorado y dos argentinas. Dunken, Buenos Aires.
- REIG OA. 1961. La paleontología de vertebrados en la Argentina: retrospectiva y prospectiva. *Holmbergia* 6(17):67–127.
- RUIZ DE MONTOYA A. 1639. Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape. Imprenta del Reyno, Madrid.
- RUSCONI C. 1930. Las especies fósiles argentinas de pecaríes y sus relaciones con las del Brasil y Norteamérica. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural “Bernardino Rivadavia”* 36:121–241.
- SAGREDO BAEZA R y JI GONZÁLEZ LEIVA. 2004. La Expedición Malaspina en la frontera austral del Imperio Español. Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones “Diego Barros Arana”, Santiago de Chile.
- SCHININI A y A ARBELO DE MAZZARO. 2008. Bonpland naturalista: 2008 año Bonplandiano: 1858–2008 sesquicentenario del fallecimiento del Dr. Amado Bonpland. Subsecretaría de Cultura e Iberia Gráfica, Corrientes, Argentina.
- SIMPSON GG. 1948. Biographical memoir of William Berryman Scott 1858–1947. *National Academy Biographical Memoirs* 25:173–203.
- TONNI EP. 2005. El último medio siglo en el estudio de los vertebrados fósiles. *Asociación Paleontológica Argentina. Publicación Especial* 10:73–85.
- TONNI EP y R PASQUALI. 1999. El estudio de los mamíferos fósiles en la Argentina. *Revista Ciencia Hoy de Buenos Aires* 9(53):22–31.
- TONNI EP y LH ZAMPATTI. 2011. El “hombre fósil” de Miramar: comentarios sobre la correspondencia de Carlos Ameghino a Lorenzo Parodi. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 68:436–444.
- VADELL EM. 2007. Francisco Javier Muñiz en el pensamiento sarmientino. Pp. 1–35, *en*: Proyecto Sarmiento, Argentina. En línea: <<http://www.proyectosarmiento.com.ar/works/vadell.pdf>>.
- VARELA EA, GA DANERI, MN PASO VIOLA, MF NEGRI, CC DI MARTINO, A HARRINGTON, RA MONTIEL, MM ZAMBRANA, RL BUSTOS y OB VACCARO. 2010. Revisión y actualización de la colección de mamíferos marinos del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” (Buenos Aires, Argentina). *Mastozoología Neotropical* 17:213–218.
- WETZEL RM y JA CRESPO. 1975. Existencia de una tercera especie de pecarí, Fam. Tayassuidae, Mammalia, en Argentina. *Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”* 12:25–26.
- WETZEL RM, RE DUBOS, RL MARTIN y P MYERS. 1975. *Catagonus*, an “extinct” peccary, alive in Paraguay. *Science* 189:379–381.
- YEPES J. 1947. Zoogeografía: la fauna de montaña. Consideraciones generales. Pp. 411–483, *en*: Geografía de la República Argentina, Tomo VIII. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, GAEA y Editorial Coni, Buenos Aires.